

BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio: Calle de Francisco Giner, 14.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LVII.

MADRID, 30 DE MARZO DE 1933.

NUM. 875.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Bases para una reforma universitaria de hace ya medio siglo, por D. Francisco Giner, pág. 65.—Los problemas de la escuela, por D.^a María Sánchez-Arbós, pág. 68.—Divagaciones filosófico-pedagógicas, por D. Pablo García Aguilera, pág. 70.

ENCICLOPEDIA

La filosofía de Krause, por D. Federico de Castro, pág. 73.—El arte por el pueblo y el aprovechamiento del ocio de los obreros, página 81.—Higiene y Moral, por el Dr. Paul Good (continuación), pág. 81.

INSTITUCIÓN

Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos, pág. 95.—Libros recibidos, pág. 96.

PEDAGOGIA

BASES PARA UNA REFORMA UNIVERSITARIA DE HACE YA MEDIO SIGLO

por D. Francisco Giner.

Esto es lo que sustancialmente contiene la carta inédita de D. Francisco Giner que a continuación se publica. Leyóse el último 18 de febrero en la reunión íntima que todos los años celebran algunos amigos y discípulos de la Institución para conmemorar el aniversario de la muerte del maestro. La fecha está incompleta, pero se sabe de cierto que se escribió en 1884. Dentro, pues, de un año hará medio siglo. Giner, que sólo había salido fuera de España a Portugal, iba a conocer entonces por primera vez Francia, Inglaterra y Bélgica. La carta nos dice cuál era ya la formación pedagógica de su espíritu; qué ideas alimentaba; qué orientaciones perseguía para la refor-

ma de la educación y de la enseñanza; y lo dice justamente en el momento mismo de pasar la frontera.

Posada, que había obtenido el año anterior su cátedra en la Universidad de Oviedo, hubo de consultarle sobre el discurso de apertura, que le correspondía pronunciar en aquel curso, y Giner, al contestarle, traza a vuela pluma y sin pretensiones, un plan de bases para la reforma universitaria, que a todas luces había ya con precisión madurado en su espíritu, donde en adelante arraigó con más fuerza.

La lectura de esta carta de Giner siempre serviría al menos para representarse el profundo interés que habrá de despertar en su día, cuando vaya saliendo a luz todo el epistolario. Pero considerando la fecha en que aquélla se escribió, es probable que sirva además de piedra de toque para que los lectores puedan diferenciarse: los optimistas, que se regocijan pensando que casi todo aquello que Giner anhelaba está ya hecho o en vías de hacerse, y los pesimistas, que se quejan amargamente de que estamos aún muy lejos de verlo cumplido; pero nadie dejará de reconocer que la carta es un documento precioso para la historia de nuestra reforma pedagógica.

Sr. D. Adolfo Posada.

Mi querido amigo:

Diga usted de mí lo que quiera por mi tardanza en contestar a su grata del 10 del pasado, pero no que no me interesó muchísimo, y he estado todos los días pensando en contestarle. Pero a mí—y creo que esto debe también pasar a mucha gente—me ocurre

que procuro ser lo más cortés posible para responder a las cartas de mera cortesía, o que encargan o piden algo que puede decirse en el acto; pero no hallo casi nunca tiempo para las cartas largas. Ahora bien; como la de usted pedía una respuesta de esta clase, he ido esperando, esperando, hasta que hoy ya tomo la pluma, decidido a escribir corto, pues que otra cosa no cabe, como usted comprenderá, yendo de viaje.

Con efecto, Cossío y yo estamos aquí el día de hoy, en casa de los suegros de Azcárate (los Sres. de Innerarity), de paso para Londres, adonde nos hemos decidido a ir, para asistir al Congreso de Educación, del 4 al 9 de agosto. Si allí veo u oigo algo que pueda creer útil para usted, se lo escribiré; y si ustedes desean preguntar o encargar algo, pueden dirigir sus cartas por ahora (pues no sé aún adonde pararemos), suplicadas al Sr. Gayangos, 38, Queen Square, Bloomsbury, W. C., London. Allí pensamos estar hasta el 15 de agosto. Luego, veremos qué hacemos.

En cuanto a lo que dice usted sobre la inutilidad de los exámenes, me parece todavía poco. No son tan sólo una inutilidad y una ocasión de intrigas, sino uno de los mayores cánceres de nuestra organización universitaria, quizá el mayor y más grande de todos. Tienen completamente falseado el punto de vista de la enseñanza en el legislador, el maestro, el discípulo, la familia y la sociedad entera, todos los cuales no van tras de que el alumno se haga hombre y sea y valga todo lo más posible, incluso para ganarse la vida con las mayores facilidades, sino tras de tomar el título, y luego ver de dedicarse a lo demás, con mayor o menor formalidad, una vez cumplido aquel vano requisito exterior. La supresión de los exámenes se impone más y más cada día, y sustituirá con ventaja a esta supuesta prueba anormal, extraordinaria, momentánea e improvisada en los últimos meses del curso (en Valencia, por ejemplo, llegan hasta a suspender las clases el último mes, para que los alumnos se preparen !!) la prueba diaria y continua que todo profesor debe hacer del estado de sus discípulos, declarando luego, como resumen de este juicio maduro, si

están o no en aptitud para pasar a otros años, grados o secciones. La fiscalización ilusoria (o perjudicial a la severidad y justicia de las pruebas actuales) del profesor por otros compañeros es además depresiva y ridícula.

En Alemania, desgraciadamente, hay también exámenes—aunque, por fortuna, no de asignatura por asignatura, como entre nosotros, para luego repetir las todas en el grado—; pero como allí no dan los grados académicos derecho alguno, salvo para enseñar, y los graduados de las distintas profesiones reglamentadas (v. gr., abogados, médicos, etcétera) tienen que someterse a un examen o concurso posterior ante Comisiones del Estado (*Staatsprüfung*), la Universidad no tiene viciada su enseñanza, ni se reduce a una oficina de preparación mecánica para los exámenes, como nuestras academias preparatorias (¡terribles!) para las carreras especiales, sino que son centros, ya de investigación, ya de enseñanza científica, libre, seria, donde se procura que las gentes sepan, y, sobre todo, se formen para el estudio luego del pormenor mecánico, que necesita el que ha de ir un día ante la *Staatscommission*.

Esto pide la reducción del número de alumnos. En opinión de profesores tan tímidos y conservadores como Silvela (así lo pidió en las Juntas para responder a la consulta de Albareda), debe suprimirse el examen hoy, aunque no se hiciese la reducción; pero como la reducción se impone, como remedio a una verdadera vergüenza y engaño, que hoy comete el Estado, porque no es posible dar enseñanza real y formal a 400 alumnos y más, y todo es una pura comedia, aunque revestida de las altisonantes fórmulas al uso, de todos modos y por tan varios caminos, sería menester venir a parar a esa reducción. Si no es posible aumentar el número de profesores, para que éstos tengan un máximo de 40 ó 50 alumnos (si acaso), límitese la matrícula, lo cual no es nuevo entre nosotros. Nadie encuentra extraño que se haga en las Escuelas de Ingenieros, en cierta manera, o en las clases del Conservatorio de Artes, donde no se admiten más alumnos que plazas hay para dibujar o modelar. Y, sin embargo, en clases de Mineralogía, de Química, de Botánica,

etcétera, se admiten 500 y más, que deben ver los ejemplares o los experimentos desde lejos con auxilio de un telescopio! Pero como nuestra enseñanza es una farsa; como se reduce a uno de estos dos sistemas: preguntar la lección señalada de antemano en el libro (sistema antiguo), o echar discursos (sistema moderno, del que me acuso y he enmendado por mi parte), nada importa tener centenares de alumnos. Estos, en efecto, si las cátedras de Universidad tuviesen la misión de dar conferencias públicas (que es tras de lo que anda la legislación vigente, bajo el influjo de la retórica francesa), se comprende que importase poco el número del auditorio, así como que estén abiertas siempre a todo el que llegue; pero si su oficio es otro, ambas cosas, y muchas más, sobran sin duda.

No puedo entrar en pormenores, y aun me he extendido demasiado en este punto de los exámenes. Otros me parecen de no menor importancia en cuanto a la organización pedagógica de nuestros estudios de Derecho. Pero voy a limitarme a indicar sumariamente algunos de los principales, según entendemos en la Institución estas cosas. Azcárate, además, que estaba aquí hace un instante, es de nuestra opinión en esto.

A nuestro ver, los males de la Facultad de Derecho, en el respecto bajo el que usted quiere estudiar su situación y su reforma, son principalmente, además de los exámenes:

1.º Falta de solidez y de carácter personal, práctico, intuitivo, etc., v. gr., bajo la preocupación de que esta manera de trabajar corresponde sólo a las ciencias de la Naturaleza. En las clases de Derecho no se trabaja sobre los textos; v. gr., en el Derecho romano, nadie se ocupa de inscripciones, monedas, etc., sin lo cual no hay más Derecho romano que el de los manuales; verdad es que dudo mucho haya tres romanistas en España que sepan latín, cuanto menos arqueología y literatura latinas; en el Derecho penal, no se asiste a vistas públicas, ni se estudian las causas célebres, ni se visita jamás (como se hace en Italia) una prisión, ni un manicomio, ni se habla con los delincuentes, y se desprecia todo lo que

es psicológico y práctico, para tratar el Derecho penal a la antigua, como una abstracción, sin relación con la vida real y positiva; en el Derecho civil y procesal, no se va tampoco a los Tribunales, para luego discutir los informes, la sentencia, etc.; contentándose con la ridiculez de *inventar* pleitos fingidos con que dar pasto a la sofistería y a la retórica; en el político, ni las Cámaras, los periódicos, etc. En suma, ya usted comprende sobradamente todo esto a dónde puede ir a parar.

2.º Falta de profundidad científica: en lugar de investigaciones o de indicaciones para trabajo personal de los alumnos, en que puedan formar su espíritu jurídico y científico, se les entretiene con cuatro superficialidades. Ni es posible otra cosa cuando el profesor tiene que enseñar toda su asignatura, lo cual es excelente en la segunda enseñanza, pero en la superior no hace falta siquiera para el examen: un manual basta para responder bastante bien; lo que nunca puede hacer un manual, ni un libro profundo, es discutir, desvanecer dudas, plantear cuestiones, abrir, y formar, y educar el espíritu. Todo lo cual pide dos cosas, sobre todo: a) tiempo; b) diálogo familiar y continuo.

3.º Falta de enseñanza cíclica; en vez de ir *despachando* asignaturas, una a una, se necesita llevarlas todas de frente, comenzando por poco desarrollo y diferenciando gradualmente las diversas esferas del Derecho.

4.º Falta de cultura general. Hay doctor en Derecho que no sabe quién era Alarico, ni tiene clara idea de si Justiniano es anterior o posterior a Constantino, si vivía en Roma, etc. Latín, Ética, Antropología, Sociología... todo esto es música, y hasta el francés es lujo en los más de los doctores; hablo por triste experiencia.

5.º Falta de carácter educativo, así en general (maneras groseras, hábitos de holgazanería, turbulencias, descompostura, espíritu anticientífico, *et sic de coeteris...*) como moral (escepticismo y ateísmo práctico; inmoralidad en costumbres y espíritu general; burla de toda cosa noble, o nueva, o seria, y amor a la apariencias y charlata-

nería...); y no digamos falta de educación y espíritu verdaderamente jurídico.

A este tenor, sería el cuento de nunca acabar. Pero, en el fondo, todo sería variaciones sobre el mismo tema. No tengo tiempo para más.

Adiós, querido amigo: espero con afán su discurso. Hay que caminar en esto siempre con la siguiente ley: mientras más alto pongamos el ideal, más carácter práctico y términos de solución hay que dar a las gentes al uso. Y cuando pienso que muchas de estas cosas podrían hacerlas ustedes ahí...! ¿Sería Oviedo la Universidad modelo un día?

A los queridos amigos Alas, Buylla, Aramburo, Prida, etc., etc., mis cariñosos recuerdos. Recíbalos también de Azcárate y Cossío, y con mil afectos para su padre, un abrazo de su buen amigo y compañero

GINER.

Hendaya, 25 de julio.

LOS PROBLEMAS DE LA ESCUELA

por D.^a María Sánchez-Arbós.

III. LOS PROGRAMAS ESCOLARES.

Durante estos últimos años, principalmente, ha preocupado a los maestros de un modo preferente la confección de los programas escolares. El programa representa la serie de conocimientos que el maestro posee, y como está tan arraigada la idea de dar a la escuela su tinte intelectual, no se puede prescindir de dar al programa una gran extensión y mucha variedad de materias. Todos recordamos que cuando hemos visitado escuelas con el fin de informarnos de su funcionamiento, rara vez han dejado los maestros de ofrecer a nuestra consideración la confección del programa.

Pero lo peor del caso no es aún la extensión del programa, de que luego nos ocuparemos, ni la variedad de materias en él incluidas; lo peor del caso es que para confeccionar esos programas se han consultado más los manuales de Pedagogía y los de las diversas materias que el nivel cultural de los niños a quienes se va a enseñar. Es el

caso del médico que para recetar al enfermo consultara con una guía médica sin contar con las condiciones del individuo.

Al comenzar el curso, en las escuelas mejor organizadas está ya preparado el programa, y cada maestro, el maestro trabajador, el deseoso de cumplir bien, comienza su programa, que invariablemente continúa a diario y aun repite en el curso, para cerciorarse de que los chicos han aprendido el correspondiente ciclo de conocimientos.

Ahora bien. ¿Ha confeccionado el mismo maestro este programa? Aun contestando afirmativamente, tiene este programa la enorme desventaja de haberlo hecho *a priori*, sin contar con los niños a quienes lo aplica. ¿No lo ha confeccionado el mismo maestro? Entonces se agrava el problema, porque dicho programa es inadaptable, no sólo a los niños a quienes se enseña, sino al maestro que lo explica.

En las conferencias que recientemente nos ha dado aquí en Madrid Mlle. Degand sobre el método Decroly, fué muy comentado por los maestros que las escuchamos la fina ironía con que plenamente desterraba de sus clases el horario y el programa. Una escuela sin programa, ¿qué orden va a tener? Una escuela sin programa es la que ella nos enseñaba, pero sin programa *preparado*; el programa lo iba haciendo la maestra, día tras día y ocasión tras ocasión. Al final de curso, el programa estaría terminado y sabido, porque no se había confeccionado sino con lo que cada niño había dicho y hecho. Antes de saber si esto era uno de los puntos del ya conocido método Decroly, habíame ocurrido pensar ante mis alumnos que, corto o largo, sería preferible presentar el programa a final de curso, y no darlo hecho antes de enfrentarnos con él. Un programa presentado al terminar las tareas escolares sería siempre una realidad con pocos o muchos defectos, pero una realidad sobre la cual cabe discutir. En cambio, un programa ya confeccionado de antemano, distribuido en apartados y lecciones determinadas, y, si la escuela es graduada, todavía con la agravante de ser continuidad de uno y preparación para otro grado sucesivo, no es ninguna realidad, es algo irrealizable, y que aunque

se lleve a la práctica, no pasa de la categoría de ilusorio. Podríamos decir a esto que el maestro debe tener la suficiente táctica para templar al alumno y al programa, y suficiente amplitud para adaptar lo aparentemente inadaptable. Entonces, con tanta benevolencia, que no sabemos encontrar con facilidad, nos veremos en mil casos en los cuales el programa confeccionado no sirve para guía del curso, y, por tanto, más a nuestro favor viene la tesis de que debe desterrarse en absoluto la confección de un programa *a priori*, y vendremos a la conveniente convicción de que sólo tendremos una efectiva realidad cuando nos hallemos ante un programa confeccionado a final de curso, y hecho ante unos niños que, efectivamente, responden a aquellas líneas generales.

A los maestros que llevamos años trabajando ante niños de diferentes condiciones y edades, no nos llamaría la atención que un programa que se presenta como resultado de la labor de un curso entero sea de tan corta extensión, que no abarque más allá de ocho o diez cuestiones. Si esas cuestiones eran perfectamente conocidas por los niños, hasta donde realmente un niño las pueda conocer, nos daríamos por muy satisfechos. Ocho o diez cuestiones diferentes en un término medio de cinco años de escuela son cincuenta cuestiones fundamentales que, enlazadas necesariamente con otras cuestiones secundarias, darían un regular bagaje con el que caminaría un niño bastante ventajosamente en su vida; más ventajoso, indudablemente, que con estos programas actuales tan largos, tan analíticos, tan sin ilación en las cuestiones.

Sucede frecuentemente que cuando nos hemos formado cabal idea de un asunto o de una teoría cualquiera, encontramos la mayoría de los libros que de ella nos hablan un poco en desbarajuste, un poco como recortados, a falta de esa línea unificada que da claridad necesaria a la expresión. Aquel libro o aquella explicación no está en perfecta consonancia con la línea diáfana que ya nos hemos trazado nosotros, y esta línea clara que vislumbramos no es más que la globalización de ideas alrededor de un mismo punto. Esta cuestión tan sencilla es otra que nos

interesa, al referirnos a nuestros programas.

Nuestros programas escolares pecan de extensos. Extensos en materias y extensos en lecciones. Pensemos un poco en ellos y veremos que no se refiere la extensión al número de cuestiones, sino a las distintas veces que enumeramos un mismo punto. Dividimos generalmente las asignaturas en dos grupos. Asignaturas de la sección de letras y asignaturas de la sección de ciencias. Dentro de éstas, por ejemplo, tenemos programa de Física, de Química, de Ciencias Naturales y, en parte, de Geografía. Al tratar cada vez una de las materias, apenas cuidamos de hacer ante los niños la conveniente relación entre ellas, y les hablamos del agua, por ejemplo, en Química, del agua en Geografía, del agua en Física y del agua en Historia Natural. ¿No sería más racional y más asequible el relacionar este elemento, el globalizarlo, para quitar extensión (más bien aparente) al programa, dificultad en la asociación y facilidad en la enseñanza? ¿No sería mejor hacer de todas estas lecciones, que forman parte de diversos programas, una sola cuestión, que anotaríamos al final de nuestro curso?

No perdamos de vista que lo más fácil a la enseñanza y lo que más se ha hecho en todos los países ha sido intensificar la labor en el sentido intelectualista. Realmente es lo menos dificultoso en la escuela; por eso está tan arraigada. De aquí los extensos programas, lo variado de ellos, el prurito de los buenos maestros de preferirlos extensos y desarrollarlos durante el curso escolar, aun haciendo un esfuerzo al final, para que ninguna de las cuestiones en ellos señaladas quede sin la correspondiente exposición, que si tras de ser largos y recargados les damos esa prisa para terminarlos, júzguese del sedimento que quedará en estas cabezas infantiles.

En nuestras escuelas graduadas, el programa, a pesar de resultar completo a la vista, queda más incompleto todavía que en las escuelas unitarias.

Los programas de nuestras escuelas graduadas están confeccionados como una unidad total, que se desmembra en tantos pedazos como grados, de seis a ocho lo más

corriente. Si todavía en éstas escuelas pudiéramos admitir que los niños pasaran sucesivamente, y en la misma masa, de un grado a otro, sería de esperar que al final de los ocho años escolares el niño respondiera, más o menos concretamente, a esta unidad de programa; pero en la actualidad, por exigencias de matrícula, por atenciones especiales y por otras causas diversas que presentan otros tantos problemas, que podríamos plantear, lo cierto es que es raro el caso del alumno que sucesivamente ha pasado por los correspondientes grados durante su período escolar. Recuérdese lo que decíamos en nuestro primer problema acerca del pase de los niños de un grado a otro. De lo irregularmente que se lleva a cabo. En un mismo grado solemos hallar la nota desconcertante de niños que repiten; para éstos, el programa repetido es gran aburrimiento; niños que han entrado nuevos, y para los que el programa no tiene ilación de ninguna clase, y niños retrasados para quienes este programa de los demás es completamente inadaptable. Si en una clase tan heterogénea nos preocupamos principalmente del desarrollo del programa, ¿qué pasará al final del curso? Nada. Que habremos perdido lamentablemente el tiempo.

Perdamos, pues, el entusiasmo por estos programas largos, confeccionados antes de saber los alumnos con quienes nos vamos a enfrentar, y, por añadidura, repetidos año tras año, para venir a dar, en fin de cuentas, en la rutina, no sólo del niño, sino del maestro.

Cabría darnos *a priori*, como máxima cantidad, un programa mínimo de curso, alrededor del cual el maestro tuviera un tira y afloja especial, con el que alcanzara el mayor provecho, y en nuestras escuelas graduadas, una convivencia especial de los maestros de los distintos grados, para que cada cual pasara a su inmediato su programa de final de curso, no el del principio.

No preocuparnos de que se haga poco. Es menester que nos convenzamos de una vez de que la escuela no es centro de sabiduría, sino lugar de formación. Dos cuestiones solamente, pero vistas por los niños con toda claridad, es mil veces más provechoso que

la cadena de cuestiones que pasivamente rodea toda la labor mecánica de un curso entero.

DIVAGACIONES FILOSÓFICO-PEDAGÓGICAS (1)

por el Prof. D. Pablo García Aguilera.

III

En los artículos anteriores hemos repetido, entre otras cosas, que la ciencia tiene, como ciencia positiva, su propio mundo, en sí insuficiente y necesitado de su base metafísica, es decir, su justificación en esa que se ha llamado "sensibilidad vital" del que la crea. Responde a una urgencia, a un menester, a algo previamente vivido. Es satisfacción a una necesidad. Si no la necesitásemos, de no haberla menester, no hubiese aparecido en el ámbito de los saberes del hombre. Esto no desdice en lo más mínimo el "principio de inutilidad de la ciencia", esencial a la ciencia misma. Se refiere éste a necesidades físicas. Si metafísicamente responde al llamamiento urgente de una necesidad vital, esto mismo le impide ser, primigeniamente, satisfacción de una necesidad práctica, física. Relación científico-metafísica que ofrecerá cierta intelectual resistencia a ser entendida por quienes vean sostenible el ahondamiento en la oposición entre los términos relacionantes, metafísica y ciencia; para quienes ésta, la ciencia, sea lo absoluto que, sacando el vigor de sí misma, vigorizándose, lleva un desarrollo autónomo, independiente de toda metafísica y contacto antropológico; algo, en fin, extravital.

Si en la vida misma, en el propio núcleo de nuestro vivir, no radica, complicita en él, la esencia de la filosofía, de la metafísica, previa a todo, exigiendo una concepción total del Universo y una interpretación inextirpable de sí misma, a la vez que una justificación de la ciencia, nos mostraría la propia ciencia su limitado alcance. Repetimos lo de anteriores escritos: toda ciencia tiene su objeto sobre el que teoriza, del cual es

(1) Véanse los números 865 y 868 del Boletín.

ciencia la ciencia; objeto que es, a su vez, por ser parte de un todo, porción más o menos minúscula del Universo, de la totalidad. Si se ha de limitar su objeto, circunscribirlo, señalarle límites, acotarlo, definirlo, es porque lo hace dentro de esa totalidad; pero dejando ésta, a la totalidad misma, como no siendo objeto de ninguna ciencia, como no siendo *positum* o depósito de ciencia positiva alguna. En rigor, no hay ciencia de la totalidad. La filosofía se nos presenta como no siendo ciencia. Lo cual, desde Platón acá, es rigurosamente verdad.

Habríase de no reconocer esta raigambre metafísica de la ciencia, esfumada con el distanciamiento temporal y del propio contenido; habríase de tomarla como lo absoluto con propio valor, corrigiéndose, acrecentándose, persistiendo en los milenios por su misma fuerza; aun prescindiendo, decimos de la fundamentación absoluta que necesita y que hemos de hallar donde sea, sería inexorable reconocer una intención en las ciencias dadas que les hace como salir de sí mismas, rebasarse; intención, "pretensión que no está justificada por el hecho mismo de su existencia en tanto que fenómeno de cultura". "Es justamente en esta pretensión en la que está comprendida la idea de ciencia, la idea de ciencia verdadera." (Husserl); por tanto, por la que el conocimiento científico es tal y absolutamente inexplicable desde el punto de vista del conocimiento mismo.

* * *

Era preciso, o mejor, necesario, lo antedicho para enfrentarnos con un problema delicado y tal vez insuficientemente contestado, si no es que permanece, entre nosotros, sin plantear. ¿Cuáles son los fundamentos de la pedagogía? ¿Qué es pedagogía? Las bases de la ciencia moderna, de la modernidad, fijáronse definitivamente en el primer tercio del siglo XVII, nudificándose plenamente el hombre de todo lo recibido de la Escuela y de la antigüedad, quedándose solo el hombre consigo mismo en carne viva, aplicándose "seriamente y con libertad" a desasirse del pasado, a romper con lo antiguo (juego de conceptos, retó-

rica, disputas de doctos, opiniones sin ninguna evidencia), discutible, opinable, no apodícticamente fundado. Se pregunta por todo y empieza así por dirigir sus "primeros ataques contra los principios sobre que descansan sus opiniones antiguas". La cultura, la ciencia que se eleva sobre tal posición del hombre renacentista conduce en las postrimerías de la Edad Moderna (siglo XIX) a hacer pasar al primer rango de la estimación humana las ciencias empírico-naturales. El ideal en el conocer, la ciencia. Ser ciencia concede a las diversas disciplinas mayor autoridad. La certidumbre, la evidencia, la apodicticidad que Descartes halló en la "reducción fenomenológica trascendental", procede en este siglo del carácter científico mismo, que, a su vez (nunca descendió tanto el rigor de la ciencia), depende de medir y contar e inferir una ley natural del mayor número posible de casos, objetos reales, de tangible realidad, medibles, numerables. Y en el número y la medida no está la ciencia, la evidencia que aquélla ha menester imperativamente. Anhelos, tendencia fundamental de toda ciencia es fundar sus juicios por manera absoluta, con plena eliminación de toda posible duda. Lo cual, ciertamente, requiere mucho más que el simple numerar e inferir. Contar las hojas de un libro, medir sus dimensiones, enumerar sus cualidades, no nos da conocimiento del libro. Y la propia visión del objeto, que es muy otra cosa, no es visión simplemente del número y de la extensión. De serlo, sería nulo, imposible nuestro conocimiento. Desde los griegos, ver las cosas es verlas en su esencia. La intuición que da conocimiento es intuición de esencias, intuición esencial. "La pluralidad de los objetos no puede facilitar para la inteligencia la intuición distinta de cada objeto", decía Descartes en sus Reglas.

La ciencia, pues, era la realidad inmediata, primera. Ser, esencia, cultura, intimidad del yo: términos metafísicos que no deben ocupar y menos preocupar. La metafísica puede y debe ceder y dejar paso franco a las diversas ciencias positivas, calculadoras, ciencias de medidas (Comte, Laas, Mach). Toda realidad habría de ser suscep-

tible de medida, es decir, material, pues que para ser medida es forzoso ponerla en relación con una que sea física. Así, el positivismo lo es en mínima parte. El que aparezcan determinados saberes, ciertas ciencias, es un efecto de cierta actitud vital del hombre; un resultado, una consecuencia. La pedagogía es una de ellas. No podía, en modo alguno, escapar a esta profunda tendencia que emerge de la intimidad misma de la época en que ella, precisamente, nace, y nace, claro, como ciencia. La totalidad del ser está pensado como un sistema de ligaduras o conexiones necesarias. Entiéndase bien: el ser mismo es el que así se piensa. Las disciplinas matemáticas elévanse, *ipso facto*, a modelos del saber. La pedagogía es una consecuencia de esa actitud. Se construye como ciencia. Sigue la ruta de otras. Es una de tantas. Ya es esto para mí sospechoso. La pedagogía socrática, por ejemplo, que a tan profundo estrato del yo se dirige, toda la pedagogía anterior al siglo XIX, ¿es pre-juicio, pre-pedagogía, algo así como la alquimia de la química o la astrología de la astronomía? Ni en punto a la centralización esencial de problemas, ni en claridad visual de los mismos, podemos, presuntuosos, igualarnos. La científicidad de nuestra disciplina no parece, en efecto, prestar gran luz, nimbar de claridades a los problemas eternos. No sé precisa, sencilla, claramente, qué pueda querer decir, por ejemplo, "conócete a ti mismo" para el que todo lo mide y reduce a guarismos, hasta el yo que está SIENDO. Percibo, no obstante, con no menor claridad que la que allí echo de menos, que esa sentencia muda, incolora, apagada, sin ninguna fulguración espiritual en la centuria décimonona, es, helénicamente, un paisaje humano de infinitas incitaciones vitales. No; la pedagogía científica no es ni tan clara ni tan íntima como aquella a que diera vida Sócrates, espíritu eminentemente pedagógico.

Nuevamente: ¿cuáles son los fundamentos de la pedagogía? ¿Qué ciencia es la pedagogía? Los tiempos actuales poseen formalmente un prohibitivo de oscuridad, o, a la inversa, un imperativo de luz. Querer ver claro es la vocación radical de nuestro

tiempo. No pocas ciencias nacieron al amparo de tiempos sin vocación de luz y de rigor. La pedagogía, una.

Una tras otras nacen, y entre ellas, la nuestra, nuestra ciencia pedagógica. Ciencia por ser "un conjunto sistemático de conocimientos", y por tener a la base otras ciencias. Concisamente: no entiendo. No hay ninguna ciencia que lo sea por servirse de proposiciones de otras ciencias, por tomar, prestadas, una proposiciones de la psicología, otras de la lógica, o bien de la ética o la fisiología. Así no se constituye una ciencia, no se tiene un "conjunto sistemático de conocimientos, "que así, sin más, únicamente "conjunto sistemático", no sería ciencia. Esta es descubrimiento de leyes que tienen un sentido. El verdadero sentido de la ciencia, decíamos, radica en la pretensión que poseen sobre su ser de hecho, desbordante de las ciencias dadas, explicable, creo, solamente por o desde el punto de vista del creador o corregidor de ciencia.

No podemos conformarnos con admitir que todo se relaciona con todo. A lo más, es éste un externo signo, es decir, una banalidad. Si en algo se parece este momento al momento cartesiano o a otro crítico de la Historia, es en la necesidad de nudificación, de replanteamiento, de repensamiento de los problemas básicos. Necesitamos preguntarnos. Una ciencia, que es una unidad, que es algo orgánico, no surge, aparte de la necesidad del hombre, por engarce sucesivo e inconexo de muñones de otras. Es formalmente una contradicción. Ese "conjunto sistemático de conocimientos" ha de serlo de un objeto, del cual es conocimiento el conocimiento. Cada ciencia, para serlo, lo ha de ser de un objeto, necesita inexorablemente un objeto. Exigencia formal que impide, en principio, el auxilio mutuo entre diversas positivas ciencias. Dentro de esta constitutiva exigencia formal, cada una de las diversas ciencias, ellas en sí, son totalidades, unidades cerradas, todos "sin ventanas" para las otras. Cada una estudia su objeto, que, naturalmente, puede ser de naturaleza varia. Este núcleo óntico objetivo es tan absolutamente indispensable como el intelecto en las construcciones científicas. El intelecto

aplicado a los objetos que de alguna manera nos afectan, por tanto, que de alguna manera nos son cuestión, produce la ciencia, la teoría. La teoría es teoría de un objeto.

Nada se ha dicho con esto que contradiga la unidad de la ciencia, problema fundamental aquí no tocado. Planteado así el problema, desde la precisa necesidad formal de una realidad trascendente, ¿cómo se nos presenta fenomenológicamente la pedagogía? No toquemos para nada las ciencias de las que, sin saber cómo, se hizo emerger la pedagogía. Hay motivos suficientes para advertir las sospechas que pudieran depararnos. No rochemos tampoco por ningún punto de su periferia las que clásicamente se llamaban "ciencias normativas de la pedagogía". Lo normativo está fuera de la ciencia. "No se admite como válido ningún ideal de ciencia normativa." La lógica, que se colocaba entre ellas, no es ciencia de leyes del pensar. Esto es psicologismo, definitivamente superado. No es, igualmente, determinar cómo debiera ser el pensamiento. "La lógica no suele, salvo en la introducción, hablar del pensar, ni considerándolo como de hecho es, ni como debiera ser." Otro tanto acaece con la ética, normativa cuando se ignoraba qué era, en tiempos de cristianismo ético o de ética Kantista, por ejemplo, en que se nos presentaba como una tarea, como un camino, como un tener que alcanzar o haber de llegar a una meta más o menos distante (la vida eterna, ultraterrena o el obrar conforme al imperativo categórico), aunque esa meta fuese, como pasa en el Kantismo, algo irreal, inalcanzable, inexistente, algo así, para decirlo con frase precisa y rigurosa de un profesor eminente, como la esfera ideal de la geometría. Si aceptamos que hoy tiene su objeto definido y peculiar concretísimo, inconfundible, suyo y nada más que suyo, que ella y sólo ella estudia, la tendremos convertida en ciencia, rigurosa ciencia, incluso con sus principios *a priori* y postulados. Ética sería estudio de esas realidades ónticas que se llaman valores. Y como consecuencia, teórica; es decir, sujeta al distanciamiento entre una VIDA ÉTICA Y UNA TEORÍA ÉTICA.

* * *

Es, pues, forzoso dejar, por ahora, las conexiones de los distintos saberes entre sí, o plantear de nuevo los problemas. Preferible es esto último. De trecho en trecho del tiempo, nótase la necesidad apremiante de hacerlo, de hacer una especie de balance de los saberes, de lo que hemos, con ellos, ganado. La inercia del pensamiento nos hace olvidar la fontana de donde los problemas emergen, es decir, nos hace enciclopedistas, doctos, superabundantemente letrados, bien que, tal vez, ayunos de primarias intuiciones. Lo primero es hacedero por todos, no es conocimiento verdadero. Lo segundo, como auténtico conocimiento, no es fácil. He aquí la raíz de la ironía socrática. Han escrito: "Sus diálogos—los diálogos socráticos—no son ejercicios de palabras, sino de visión." Tal es, también, Descartes. Su método es una sucesión de intuiciones. Su posición, la de Sócrates y Descartes, se repite en el tiempo, cuando, seguidamente a los años, la letra acumulada oculta las fuentes pristinas del saber. Así, sobre la carne viva del problema candente, prescindiendo de evoluciones históricas y de afinidades científicas, aislando, separando del elenco de las otras ciencias a la pedagogía, atentos exclusivamente a su sentido y significado, bien que guiados por el imperativo del tiempo, que lo es de claridad y rigor, preguntemos: ¿cuál es el objeto que estudia la pedagogía? O bien: ¿cuál es el objeto cuyo estudio hace de la pedagogía una ciencia? ¿En qué objeto, sobre el que teorizamos, radica la científicidad de la pedagogía?

ENCICLOPEDIA

LA FILOSOFIA DE KRAUSE

por D. Federico de Castro (1).

Realismo racional de Krause.—Ninguno de los filósofos contemporáneos ha visto con tanta claridad el arduo problema de la ciencia, y ninguno, a nuestro entender, lo

(1) De la obra *Metafísica. Ensayo* por D. Federico de Castro y Fernández. — Tomo I. Propedéutica, Sevilla, 1888.

ha resuelto de una manera tan profunda. La distinción entre el sujeto y el objeto del conocimiento supone una identidad en que el sujeto sea sujeto de aquel objeto, y el objeto, objeto de aquel sujeto. Esta identidad se encuentra en la intuición con que el Yo se está presente en la conciencia, siendo y sabiéndose el mismo que conoce y es conocido. La certeza inmediata absoluta y universal de esta idea fundamental (*Gaundschaung*), que hasta el escéptico afirma en su duda, es el principio de la subjetiva y el punto de partida de la ciencia entera. La ciencia de nosotros mismos, *Analítica*, consiste en conocer reflexivamente lo que se da en la intuición del Yo (*die Anschauung des Ich*). El Yo está presente (*an sich*) como el que es, el *ser* del Yo; como lo que es, la *esencia*; en su esencia como *unidad* y en su unidad como propia unidad, *seidad*, y unidad entera, *omneidad*, que se juntan y compenentran en la unidad, que expresan *unión*, sin que esta unidad se rompa, antes quedando tal unidad en y sobre ellas, *unidad primera*. La esencia, siendo, se pone, es como es, es positiva; de aquí las esencias formales del Yo, la *uniformidad*, la *rección*, la *contención*, la *composición*, la *primatividad*, que se refiere a las esencias reales. El contenido y la forma de la esencia se compenentran mutuamente en la unidad del Yo, siendo éste *lo que es, como es, real y positivo*, su *existencia*. En su contenido (*in sich*), el Yo se distingue interiormente como espíritu y cuerpo, que se caracterizan por la *seidad* y la *omneidad*. Mirando el Yo a sus determinaciones interiores, halla que estas últimas mudan incesantemente, y que la forma de este mudar es el *tiempo*; pero que el Yo, con sus propiedades, incluso esta misma del mudar, *permanece* idéntico sobre todas sus mudanzas, igual y constante en ellas y sobre ellas, *eterno*. El Yo respecto a sus mudanzas es la razón (*der Grund*), razón eterna de su mudar y temporal de cada mudanza, subsistiendo, sobre todo, su *eternidad* y su *tiempo* como Yo superior (*Ur-Ich*). En su modo eterno de ser existe el Yo como potencia o facultad (*Vermogen*); en su modo de ser temporal como actividad (*Thätigkeit*), y en el cuanto de

su actividad como fuerza (*Kraft*). En la relación de la potencia a la actividad es *tendencia, deseo, inclinación*; en la de la actividad a la potencia, *deber, fin, motivo, bien, ley y vida*.

Las facultades del Yo son el *conocimiento*, el *sentimiento* y la *voluntad*. Estas facultades se refieren cada una a sí misma, cada una a las otras dos, siendo cada una necesaria al desarrollo de las otras, coincidiendo en sus últimos estados hechos, en la serie formal del tiempo, realizando todas la esencia como el bien de la vida, el conocimiento como propio, *verdad*: el sentimiento como totalidad, *amor, felicidad*: la voluntad como fin, *bien moral*, y refiriéndose todos al Yo como su fundamento común. Constituyen, pues, el organismo interno del Yo (*ein ennerer Theilorganismus des ganzen Ich*).

El conocimiento expresa la unión esencial en que el sujeto y el objeto se unen y quedan propiamente tales en su identidad; la actividad dirigida a conocer es el *pensar*. El sujeto del conocimiento en la ciencia analítica es siempre el Yo; pero el objeto del conocimiento, además del Yo, pienso que puede ser otra cosa que el Yo. Yo me conozco como espíritu; pero, al mismo tiempo, conozco que la potencia espiritual, la *razón*, no puede agotarse por ningún número de espíritus finitos y que es la esencia común de todos ellos; llego así, pues, a la idea de un modo espiritual (*Gusterreich*), infinito en su género, y a la de un *ser espiritual* que contine en sí todos los espíritus finitos. Del mismo modo, el conocimiento de mi cuerpo me lleva a la de un mundo físico y una *Naturaleza*, y uno y otro, a la de una *Humanidad*, ser de armonía (*Verreinwesen*), del espíritu y la naturaleza. Mas estos tres seres, aunque infinitos en sí, están limitados unos por otros, son infinitos relativos, lo que exige un ser uno, infinito, absoluto, el *Sér Dios*, razón y fundamento de ellos y objeto absoluto del conocimiento. Mas este Sér, Objeto absoluto de mi pensamiento, ¿tiene existencia real? Yo me pienso como sér, pero no como el sér; como esencia, pero no como la esencia; como unidad, pero no como la unidad; como ab-

soluto, pero no como el absoluto, etc.; y lo mismo me sucede en las categorías de la forma y las de la existencia: yo aplico estas mismas categorías necesariamente al conocimiento de los demás seres; de ellos digo que son lo que son, etc.; pero de ninguno de ellos pienso que es el sér la esencia, la positividad, la existencia absoluta, etc.: ni puedo asegurar que las categorías según las que los concibo se den en ellos como en mí mismo, sabiendo sólo que son reales en mí y la regla de todas mis concepciones. Mas cuando pienso el Sér en el pleno concepto de tal, nada de sér pienso que quede fuera de él: es la *esencia*, la *unidad*, y en cuanto uno de sí el *absoluto* (lo que absuelve y resuelve en sí toda relación), y el infinito (el sin límites, el todo), y la unión de estas propiedades el ser uno *absolutamente infinito e infinitamente absoluto*, que pone su esencia sin negación ni contrariedad, positivamente, como uno, numéricamente hablando, *único rector y continente y unión y armonía* de todas sus propiedades. Dios no es, pues, un sér, sino el Sér: ni una inidad, sino la Unidad, etc. El Sér poniendo absoluta e infinitamente su esencia, existe, es la *existencia*, que contiene la existencia una, la *original*, la *eterna* y la *continua* y la *vida*. ("Yo soy la existencia y la vida.") Hay, pues, contradicción en preguntar, ¿existe efectivamente Dios?, puesto que la idea primera de existencia sólo la tenemos y concebimos de Dios, y no abstractamente fuera o sobre Dios, y esta existencia contiene todos los modos de existir.

Si nos preguntamos ahora cuál es la fuente de nuestro conocimiento, vemos que una parte de él se refiere a objetos unilateralmente determinados: *conocimiento sensible*, que se subdistingue en conocimiento *sensible exterior*, cuyos órganos son los sentidos corporales, y conocimiento *sensible interior*, cuyo órgano es la fantasía; otra a objetos determinables, pero no determinados, que es lo que constituye el *conocimiento inteligible*, en el que distinguimos el *conocimiento abstracto* o por notas comunes, el *inteligible puro*, el *fundamental* o *racional* y el *absoluto*. El conocimiento sensible nos muestra cómo el objeto nos aparece; el abstracto,

cómo nos aparece comúnmente; el inteligible puro, *lo que es esencialmente*; el racional, *lo que es en su fundamento*, y el absoluto, *lo que es absolutamente, lo que es*.

El conocimiento absoluto es la forma entera de conocer, pero su objeto puede ser el Yo o sus propiedades, *conocimiento inmanente*, o estar fuera del sujeto, *conocimiento trasciente*, el que, a su vez, puede ser transitivo coordinado, cuando el sujeto y el objeto están, respectivamente, el uno fuera del otro; *transitivo relativo* o *transcendental*, cuando el objeto comprende al sujeto bajo alguna relación, quedando bajo otras fuera de él, y *transcendental, absoluto* o *inmanente trasciente*, el que comprende enteramente al sujeto excediéndole infinitamente, como sucede en el conocimiento del Sér-Dios.

La verdad del conocimiento inmanente se manifiesta en la absoluta certeza con que en la percepción Yo reconozco la identidad de yo el conocedor y de yo el conocido, y si puedo preguntar por el fundamento superior de esta certeza, esto supone el conocimiento de otra cosa que Yo, que sólo en mi conocimiento (yo conociéndola) pueda ser sabida. Este pensamiento de otra cosa que yo, aunque fuera errado, no puede explicarse por mí ni por mi conocimiento, que sólo puede decirme lo que yo soy; debe, pues, darse un fundamento de esta relación, y aun sobre ella al fundamento de este fundamento, el conocimiento del Sér *que funda en mí el conocimiento con que lo pienso y conozco y bajo el cual me pienso y pienso racionalmente todas las cosas*.

El sentimiento expresa una relación de totalidad y compenetración entre el que siente y lo sentido, que, según es *conforme* o *contraria* al estado del sujeto, le produce placer o dolor. El sentimiento admite las mismas divisiones que el conocimiento, y como el uno lleva al *sentimiento de Dios*, único que no ofrece ningún lado negativo, y que es independiente de los accidentes de la vida y de las imperfecciones de los seres.

La voluntad es la *causalidad temporal*, cuyo *objeto inmediato* son las otras actividades: su forma es ponerse y mantenerse el Yo, como todo, sobre sus actividades particulares, la libertad; su objeto, la realiza-

ción de la esencia, el bien; el Yo se determina, pues, *libremente al bien*, es *autónomo*, y la ley de la voluntad es: *Quiere y haz pura y simplemente el bien, o sé libremente la causa temporal del bien*. Pero no siendo el Yo el sér aislado que piensa el egoísta, sino estando él y su esencia fundados en el Sér y la esencia divina, a la voluntad divina debemos subordinar la nuestra, que es en lo que consiste la *santidad*.

El análisis de la voluntad, como el del sentimiento y el conocimiento, nos llevan a Dios, en el que estas tres facultades se juntan en su objeto, como la pirámide en su vértice.

La vista de Dios es el principio y el criterio de la *ciencia sintética*, que se desarrolla en una serie de teoremas y contiene cuatro partes. La primera considera a Dios en sí (*an sich*); Dios es el Sér, Dios es la *esencia*, la esencia es la *unidad esencial*, que es *absoluta e infinita*, y que se compenetra en la unidad, refiriéndose enteramente la una a la otra. *Dios es, pues, el Sér uno, absolutamente infinito e infinitamente absoluto*; pero la *unidad divina está infinita y absolutamente sobre su absolutividad y su infinitud*, puesto que estas esencias se refieren en Dios. Dios es el Ser para sí, la *persona*, el idéntico consigo, el *omnisciente* y el *omnipotente*, el infinito para sí, el *amor*, la *beatitud* infinita. Dios es la *existencia*, la *existencia eterna*, fuente de toda ley y razón de la necesidad, el Sér necesario; es, además, la existencia efectiva y la existencia continua, la vida. Dios es el *Sér vivo* y la *existencia suprema*, que determina continuamente lo eterno a lo efectivo, haciendo en cada momento lo mejor, origen de la *gracia*.

La segunda parte de la ciencia sintética contiene lo que el Sér es interiormente (*in sich*). Dios funda interiormente dos seres bajo el carácter predominante de la propiedad y de la omneidad, el *Espíritu* y la *Naturaleza*. Como seres infinitos en su infinitud, tienden el uno hacia el otro, cuya unión forma un sér de armonía, cuya más elevada manifestación es la Humanidad. Dios es la razón del Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad; está sobre y es distinto de todos los seres finitos, como Sér

Supremo (*Ur-Wesen*). La creación es juntamente eterna y temporal. *Dios crea en cada momento el mejor mundo posible*. El Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad, como seres sustantivos que no existen sólo en una vaga generalidad, se determinan interiormente en un número infinito de seres finitos y determinados, *individuos* que en su individualidad representan la esencia infinita de los seres superiores que los contienen.

El individuo, infinito en potencia, finito en cada acto, efectúa su posibilidad sucesivamente en el *tiempo*. El principio absoluto y eterno de la individualidad resuelve afirmativamente que la cuestión de la *inmortalidad* y la *vida futura*.

La unión personal del hombre con Dios es la religión. Esta completa intimidad de su sér referido a Dios (*Gattinnigkeit*), que alcanza al hombre todo entero, punto en que se tocan lo finito y lo infinito, se manifiesta esencialmente de parte del hombre por la *oración*, y de parte de Dios al hombre, por la *gracia*, dirección personal divina, mediante la que Dios interviene en la vida individual. Dios es el bien absoluto (*Got ist das Gut*), el ideal de todo bien, cuya realización, en los límites de su naturaleza, es el *fin* humano que el hombre tiene el *deber* de cumplir, por ser bien, *moralmente*, y cuyo hábito constituye la *virtud*. La ley moral puede expresarse con esta fórmula: *Haz el bien como bien*; que constituye el fondo *haz el bien, nada más que el bien y todo el bien*; y la forma *haz tú mismo el bien* de una manera libre y pura, con libertad y desinterés. La ley moral implica la *libertad*, y ésta, la *razón*. La *felicidad* no es, en fin, sino una consecuencia legítima del cumplimiento del destino moral.

El conjunto de condiciones internas y externas dependientes de la libertad humana, y necesarias para el cumplimiento del destino racional del hombre, es el derecho, cuyo fundamento es la absoluta condicionabilidad divina, y que se diferencia de la moral en que ésta abraza el lado *subjetivo e interno* de la vida, y aquél, el *objetivo y externo*; la una tiene en cuenta la *intención* que inspira los actos; el otro, las con-

diciones que lo favorecen. La posibilidad del mal nace de la finitud de los seres, que Dios permite, por motivo de bien, para que el mal sea libremente negado en la vida, haciendo así posible el bien superior de los seres finitos, el bien moral.

La manifestación de la esencia divina en la vida es la belleza, que el hombre realiza mediante el arte.

Carlos Krause nació en Nobitz (Sajonia) en 1781. De naturaleza delicada y enfermiza, mostró un talento precoz; a los cinco años hablaba con sorprendente claridad de materias religiosas y políticas, anunciando, además, grandes aptitudes para la música y el canto, y un amor entusiasta a los niños y a la Naturaleza, a la que, postrado en tierra, besaba muchas veces. Durante esta época (de cinco a seis años), afirma haber oído con frecuencia una voz interior que le decía: *Piensa en la muerte*. Krause pretende haberla oído después en otras ocasiones hasta sus últimos años.

Habiendo comenzado sus estudios en la escuela claustral de Dondorf, el rigor con que eran tratados los educandos favoreció su salud. Allí continuó las lecciones de música (que había comenzado con su padre) con el célebre profesor Schichs, siendo tan rápidos y tan sólidos los progresos que hizo en aquella escuela, que a los trece años conocía el griego, el latín y el francés; había traducido, para su uso particular, la *Odisea*, y tocaba con perfección el órgano y el piano.

De Dondorf pasó a Altenburgo, donde fué la admiración de sus maestros, y de aquí, a Jena, a estudiar Teología, donde su predilección innata a las Matemáticas y la Filosofía se fortificó oyendo las lecciones de Fichte y de Schelling. En 1801 recibió el grado de Doctor en Filosofía y en Matemáticas; fué admitido, después del correspondiente examen, como candidato pastoral en Altenburgo, y se habilitó en Jena como *Privatim docens*, defendiendo públicamente su disertación *De Philosophiae et Matheseos notione et earum intima conjunctione*; pero sus trabajos y vigili-
as habían debilitado tanto sus fuerzas, que los médi-

cos, sospechando que estuviera tísico, le aconsejaron que se acostase a las diez de la noche y se levantara a las cuatro de la mañana, costumbre que conservó toda su vida.

Con éxito creciente, dió en Jena lecciones de Matemáticas, de Lógica, de Derecho natural, de Filosofía de la Naturaleza y sobre el Sistema de la Filosofía, escribiendo, además, manuales para sus lecciones, sin olvidar por esto sus estudios de música, señalándose por su maestría en varios conciertos, hasta que los sucesos de la guerra alejaron a los estudiantes de Jena (1804). Aprovechó Krause este intervalo para comprobar, con el estudio de las obras maestras, la *Teoría de las Bellas Artes*, que estaba escribiendo; en Rudolstadt aprovechó, durante un año, por favor del príncipe, el Museo y la Biblioteca; de aquí pasó a Dresde, donde, por sus relaciones con los maestros de la célebre capilla, pudo aprovechar los tesoros que allí se conservaban de música católica y de la antigua italiana, mientras que la biblioteca le ofrecía medios abundantes para continuar lo que hacía muchos años era el asunto principal de su vida, el *Sistema de la Filosofía*, desde que, muy joven aún, se despertó el pensamiento de “que el principal interés del siglo presente, en el individuo y en la sociedad, para elevarse al bien y al bello ideal, es el conocimiento de nuestra naturaleza en forma de una ciencia sistemática”. Tan entregado estaba al cumplimiento de este propósito, que por muchos años rehusó las invitaciones que se le hicieron para enseñar.

Meditando sobre la idea del Derecho y del Estado, al revisar la segunda parte del *Derecho natural*, concibió la idea de “que nuestra humanidad terrena es una parte interna de un mundo y sociedad humanas superiores, que, viviendo en relación con toda la naturaleza en los grandes cuerpos planetarios, y siendo, a su vez, parte interna y viviente de un alto reino natural y humano en otros y otros sistemas solares, corresponde con una humanidad única en el mundo todo”; “que el hombre y la humanidad sólo llenan su destino en cuanto viven el uno y el otro en espíritu y obra, y en co-

rrespondencia omnilateral de vida y funciones, siendo el destino del individuo una parte esencial no indiferente del destino del todo"; que es la más alta de las obligaciones, y la primera cuestión de la vida en esta tierra, "educarse el hombre como un todo orgánico humano, uniformemente en todas sus partes, facultades y fuerzas, realizándose por todos lados y en todas relaciones como sér y vida armónica; y "que la educación de la humanidad como una sociedad homogénea y concertada en todas sus personas, hombres, pueblos y pueblo humano, y la educación consiguiente del hombre todo en toda su naturaleza y en todas sus relaciones, no ha sido hasta hoy objeto de interés directo, ni de una institución propia para ello, puesto que la del Estado, la Iglesia y demás particulares toman al hombre y lo educan cada uno de un lado y para un fin, esencial sin duda, pero no total, humano ni armónico, con plan comprensivo y arte de relación". Pensando también que este fin superior pide una institución propia, creyendo que en este sentido trabajaba la Sociedad de *Hermanos masones*, y habiéndole confirmado en esta opinión su amigo Schneider, fué presentado por éste en la loggia *Arquímedes*, y aunque ni el ritual ni las logias que conoció le dejaron satisfecho, dedicóse a conocer a fondo la historia de esta institución, haciendo, según Firsche, doble y triple de lo que jamás aplicación humana había logrado en la investigación de los monumentos masónicos, con lo que, cinco años después, pudo publicar *Los tres primeros monumentos de la Sociedad de Hermanos masones*. En esta obra demuestra que la ley del secreto contradecía a dos de los más antiguos monumentos, excitando a la Sociedad a abolirlo, porque "el disimulado y encubierto obrar es el triunfo del mal: al contrario, la llana y abierta publicidad en las cosas humanas es un camino de Dios y firme escollo, en el que se estrella todo lo anti-humano". No se le ocultaban a Krause los peligros de la empresa, pero estaba dispuesto a arrostrarlos todos; así decía al terminar el proemio de la citada obra: "He escrito lo que he creído verdadero y bueno; he obrado como el deber conocido

manda. Con viva consideración en Dios he comenzado y acabado este libro. Ahora lo que quiera que me venga de parte de la Sociedad me hallará dispuesto. El testimonio de la conciencia vale más que el favor de los hombres, y el honor delante de Dios, más que la gloria de la tierra". En efecto, apenas se anunció la obra, y antes de ser examinada, la condenaron las logias de Bautzen Gortitz y Hamburgo, y los tres grandes maestros de Berlín propusieron la expulsión de Krause. En vano le defendieron con toda la energía de la justa causa algunos socios, entre ellos el predicador Riquet y el doctor Buckartt, la mayoría votó la exclusión; algunos masones abandonaron la Sociedad con este motivo. El esfuerzo necesario para una obra de tan prolijas investigaciones como la citada, en quien además tenía que dedicar varias horas a la enseñanza, y trabajaba en su *Sistema de la Ciencia*, dañó gravemente a su salud, siendo atacado por segunda vez de pesadillas, acompañadas de convulsiones epilépticas; sin embargo, en 1810, publicó el *Ideal de la Humanidad*, donde desenvuelve la doctrina de la sociedad fundamental humana en sus funciones orgánicas (sociedad científica, artística, moral, religiosa, etc.), y en las personas humanas (individuo, familia, pueblo, humanidad terrena), y escribió además su *Sistema de Moral* y dió a luz periódicamente, durante los cuatro primeros meses de 1811, el *Diario de la vida de la Humanidad*. Obligado por la guerra (1813) a abandonar a Dresde, partió para Tharand, y al medio año, para Berlín, donde se habilitó en aquella Universidad, mediante su *Oratio de scientia humana*, disertación que, según el profesor Kern en su *Manual de Metagnóstica*, es el trabajo más profundamente meditado y más científico de todos los contemporáneos sobre filosofía transcendental. Allí fundó también, en unión de Jahn Zenne y otros, la *Sociedad berlinesa para la lengua alemana*, cuyas constituciones escribió, presidiéndola también durante un año.

Mas no habiendo obtenido, a causa principalmente de la oposición masónica, tan poderosa en Alemania, que disponía en muchos Estados de todos los empleos y hono-

res, la cátedra que vacó por fallecimiento de Fichte, regresó a Dresde, invitado por el conde de Einsiedeln, al que no tardaron los masones en prevenirle también desfavorablemente.

Después de otros varios trabajos en Berlín y en Dresde, entre los que se cuenta el plan de un *Diccionario matriz de la lengua alemana*, que no fué continuado más que hasta la mitad, por falta de fondos, deseando atender al restablecimiento de su salud, aprovechó la invitación de un amigo para hacer un viaje artístico por Alemania, Italia y Francia.

En Roma estudió, bajo la dirección de Zingarelli, el *Tesoro musical* de la Capilla Sixtina; en Nápoles, los nuevos maestros de la ópera; en París, el *Método del Conservatorio*, y en todos sus viajes, la pintura y la plástica, concibiendo entonces la idea, que realizó más tarde, de tratar la *Estética* como parte del *Sistema de la Ciencia*, apoyándola en la historia del arte y en el estudio de los modelos.

Vuelto a Dresde, donde la necesidad de estar encerrado cuatro meses para la conclusión perentoria de un trabajo literario, le produjo un recrudecimiento en su enfermedad, y en donde explicó ante una sociedad ilustrada una serie de lecciones sobre las *Verdades fundamentales de la Ciencia*, no encontrando medios de explicar como profesor ordinario su sistema, se habilitó en la Universidad de Gotinga para la enseñanza libre, después de haber defendido al estilo académico veinticinco tesis filosóficas, llegando a dar en ella hasta cinco conferencias diarias, asistidas de numeroso concurso, aparte de otras privadas y de una *Conferencia sobre Filosofía* que dirigía semanalmente. Pero la poderosa Asociación no dejaba de perseguirle. No pudo obtener el curatorio de la Universidad, fué postergado en la provisión de una cátedra de Filosofía; procuraron quitarle los discípulos, y de tal modo le hicieron enojosa la estancia en la ciudad, que por esto, y para atender a su salud, decidió marchar a Munich; pero se encontró en Francfort tan postrado, que tuvo que regresar a Gotinga. Aquí se vió obligado, por su estado económico, a dar

cuatro horas de lección pública y dos privadas, teniendo una obra urgente en prensa y que atender a la impresión de los tratados, hasta que, por la herencia de un pariente, y algo restablecido de un ataque que le había impedido continuar sus lecciones, realizó su viaje a Munich. Pero también aquí hallaron sus enemigos modo de calumniarle ante el Gobierno, alcanzando del director de Policía una orden para que dejara la ciudad en el término de catorce días. No habiéndosele admitido el recurso legal que interpuso, se presentó al ministro, exponiéndole que estaba dispuesto a responder de su conducta en un juicio regular; pero que nada podía oponer a acusaciones fraguadas en las sombras. Ante su noble franqueza, la justificación del rey y del ministro, y la garantía de algunos hombres respetables, en particular del filósofo Baader, que respondió personalmente por él, se estrellaron esta vez los planes de sus enemigos. Pero no recobró la salud; preveía su fin en la próxima primavera, sin que esto alterase su serenidad de ánimo.

Acompañado de su hija y de un amigo estuvo cuatro meses en los baños de Partenkirchen, con lo que pareció mejorarse: pero a los ocho días de su vuelta, murió de un ataque apoplético, el 27 de septiembre de 1832, a las nueve y media de la noche, habiendo trabajado hasta las ocho y media, y pasado la última hora en conversación con sus familiares. Acabó con estas palabras: "Se me oprime el corazón; quedad con Dios, hijos míos."

Algunas *Reglas del Arte de la vida*, que practicó en la suya, acabarán de mostrarnos su carácter: "Estima el amor de Dios sobre todo amor. Descansa confiadamente en Dios como hijo en el seno de su padre. Si te ves desconocido o contrariado por los hombres, piensa que el Padre común conoce igualmente a ti y a ellos, y los abraza a todos con igual amor. Si te sientes desalentado para el bien, piensa en Dios y en el orden divino del mundo, y recobrarás el amor y la ciencia para el bien general, como sér y parte del mundo de Dios." "Toda bella y buena obra cumplida por otro hombre debe serte tan grata como si tú la hicie-

ras y cumplieras. La rosa que crece al lado de otra más bella, ¿es menos bella por eso? ¿O pueden otras innumerables rosas quitarle su particular belleza?" "Cuando te sientas tibio para el bien general, acuérdate del anciano abandonado, del enfermo, la desamparada viuda y el huérfano, el esclavo corporal, el sensual grosero, el injusto triunfante, el inocente oprimido, las penas corporales que degradan todavía a la humanidad, los suplicios, el salvaje que mata a su hermano para comérselo... y piensa que pecas contra la humanidad si no trabajas para desterrar de la tierra, por medios legítimos, todo lo inhumano y enfermo, procurando con obra y doctrina hacer conocida y amada del hombre la ley de la humanidad."

Krause no se propuso construir un sistema cerrado, siguiendo la pretensión, más común que razonable, que han tenido la mayoría de los pensadores, de haber dicho la última palabra; y, sin embargo, se ha notado que sus numerosos discípulos, en las diversas partes del mundo, con más o menos profundidad, han llegado sustancialmente a las mismas conclusiones, y lo que es más, que en el primero, y hasta ahora único Congreso de Filósofos, la mayoría de sus tesis han sido aceptadas por hombres pertenecientes a diversas religiones y procedentes de distintas escuelas. Esta universalidad de la doctrina, que señala con la conclusión de las filosofías nacionales el comienzo de una nueva edad, y la de la Metafísica como ciencia (aunque ofreciendo en su contenido asunto inagotable de indagaciones para la humanidad), nace de que el conocimiento en este sistema, elevándose sobre las formas particulares lógicas, camina siempre en razón de la realidad, desde la propia presente en la conciencia hasta la divina, en que aquélla es y se da como lo fundado en el fundamento.

Hallando en la vista real la relación entre los atributos metafísicos y los morales de Dios, que la mayoría de los pensadores habían tenido por incompatibles, resuelve Krause científicamente la cuestión de las relaciones de Dios con el mundo, sin caer en el dualismo ateo ni en el panteísmo acosmista, deduciendo el principio eterno de la individualidad de los seres y dando firme

base a la moral, al derecho y a las relaciones religiosas. La religión eleva a todo el hombre en su relación personal de vida con Dios; la moral hace realizar la esencia divina como el bien absoluto. La moral y el derecho se refieren ambos a la vida humana, ambos enseñan a efectuar un mismo bien; pero la una lo mira en sí como absoluto; el otro, como total y en lo tanto en la condicionalidad interna de los bienes particulares; así, aquélla abraza el todo subjetivo o interno de la vida y la voluntad; el segundo, el objetivo o externo; la primera tiene en cuenta la *intención*, se encierra en la conciencia, y sólo considera secundariamente los efectos exteriores de los actos libremente ejecutados bajo la ley del deber; el segundo mira al bien como la interna *condicionalidad divina*, en la que se funda el derecho humano, *conjunto de condiciones internas y externas dependientes de la libertad humana, y necesarias para el cumplimiento de su destino racional*, que se hace obligatorio mediante las leyes y es sancionado por la pena. El derecho no es, pues, meramente *negativo o formal*, sino también *positivo o material*. El órgano del derecho es el *Estado*, la asociación para el *derecho*, que no debe confundirse con la *sociedad unión para todos los fines humanos*.

Las asociaciones para todos los fines humanos constituyen personas superiores: la *familia*, el *municipio*, la *nación*, la *humanidad*. Dentro de ellas se dan asociaciones universales para un fin particular: la Iglesia, la Religión, la Universidad, la asociación artística, industrial, etc. El Estado, como órgano del Derecho, suministra condiciones a todas las esferas sociales mediante los *poderes públicos*: el *legislativo*, el *ejecutivo* y el *judicial*, sobre los que debe haber un Poder inspector y moderador. El modo con que estos Poderes se ejercen constituye la forma de gobierno: *monarquía*, *aristocracia*, *democracia*, correspondientes a la diferente cultura de los pueblos.

Se ha censurado en Alemania a Krause por haber introducido en la ciencia entidades parecidas a las escolásticas; a éstos sólo cabe decir que no han penetrado suficientemente su doctrina.

Se le ha tachado por algunos, entre nos-

otros, de panteísta; de éstos bien puede afirmarse que no lo han leído, y no deja, por cierto, de ser extraño que se haga esta acusación al único filósofo que deduce científicamente el principio de individualidad como fundado en la misma esencia divina, por quienes, admitiendo la perfecta concordancia de la inteligencia y la voluntad de Dios en la Moral, aceptan el arbitrarismo en la creación, no siéndolo menos el que crean más concordable a Aristóteles que a Krause con el cristianismo.

EL ARTE POR EL PUEBLO Y EL APROVECHAMIENTO DEL OCIO DE LOS OBREROS (1)

II

¿ES POSIBLE EL APROVECHAMIENTO DEL ARTE POPULAR PARA EL OCIO DE LOS OBREROS?

¿POR QUÉ MEDIOS PODRÍA REALIZARSE?

A. Consideraciones de orden general.

La importancia de las causas que han determinado la decadencia del arte popular, y más especialmente el que esas causas dependan de la organización misma de la vida económica y social de la época actual—organización que verdaderamente nadie piensa modificar—, parece que debería hacer considerar con un optimismo muy limitado la posibilidad de estimular y favorecer el gusto por la cultura en los trabajadores, induciéndoles a consagrar sus ocios a la práctica de las artes en cuestión.

Y, sin embargo, si examinamos de cerca la situación, opinaremos que ofrece, por el contrario, posibilidades de realización, en armonía con los deseos de la Oficina Internacional del Trabajo. Esta es, igualmente, la opinión expresada en la inmensa mayoría de los informes enviados al Instituto con motivo de su encuesta. En efecto, si es indiscutible que muchas circunstancias y factores económicos, sociales, culturales, religiosos, etcétera, han debilitado profundamente la vitalidad del arte popular antiguo, otras circunstancias y otros factores profundamente arraigados en la psicología del pueblo per-

miten, en cambio, expresar que la hermosa planta milenaria pueda todavía vivir y aun recobrar vigor nuevo y dar nuevos frutos, de acuerdo con las condiciones de vida actuales, y siempre que se coordinen los esfuerzos dirigidos en ese sentido. La civilización moderna ha causado daños, en gran parte irreparables, a la producción artística del género popular tradicional. Pero es cierto, por otra parte, que ninguna fuerza, ningún acontecimiento contrario ha podido suprimir en el alma del pueblo la tendencia instintiva y profunda que le ha empujado desde la aurora de las civilizaciones a revestir de belleza las cosas que el hombre crea para las necesidades innumerables de la existencia, a dar una expresión artística a los sentimientos que conmueven su corazón, a prestar al tumulto de afectos y pasiones un lenguaje, una forma que los materialice, que los haga perceptibles a los demás y procure perpetuarlos, llámase ese lenguaje música, poesía, baile, cantos o artes representativas. El instinto artístico, secundado por condiciones sociales favorables, ha podido crear el admirable patrimonio artístico que nos ha legado el pasado. Habiendo cambiado las circunstancias, cuando han sobrevenido condiciones desfavorables—las de la civilización económico-industrial actual—, la producción artística popular ha sufrido fatalmente una detención, una disminución cualitativa y cuantitativa. Muchas predilecciones del gusto popular se han transformado por la fuerza de las cosas; hasta parece que una desorientación general del gusto caracteriza hoy la vida del pueblo. El pasado y el presente se entrecruzan, dando lugar a mil contrastes: tradiciones supervivientes y el modernismo más audaz; expresiones de un arte extranjero, mecánico, venido de países distantes y nuevo en la historia, asociadas con otras expresiones artísticas, nacidas en tiempos lejanos, al calor de los hogares de nuestros campos; procesiones rituales y *music-halls*; comitivas folklóricas y luchas deportivas, danzas negras y bailes muy antiguos que hicieron las delicias de nuestros lejanos abuelos; teatros de marionetas y cine sonoro; peregrinaciones, cantos religiosos y T. S. H. En esta alternativa tumultuosa de corrientes que

(1) De la revista *Coopération Intellectuelle* que publica el «Institut International de Coopération Intellectuelle» de la Société des Nations, números 22-25. Véase el número anterior del BOLETÍN.

parten de riberas opuestas de la civilización del pasado y de la época actual, y aportando cada una sus particulares formas de arte, las clases populares, distraídas, fatigadas por las necesidades urgentes de la vida contemporánea, deseosas de los bienes materiales susceptibles de aumentar sus comodidades, parecen cada vez más desorientadas en la elección de las expresiones artísticas más capaces de interpretar sus necesidades espirituales. Hasta parece que esas clases, en razón de la preponderancia siempre creciente de los medios mecánicos de producción, de caracteres artísticos, se desinteresan cada vez más de la función productora. Abandonando el papel de productores directos que desempeñaron tan ampliamente en el pasado, los trabajadores se encierran cada vez más en el papel pasivo de espectadores y consumidores.

El fenómeno de la decadencia de las artes populares tiene, pues, relaciones íntimas con el carácter de transición, con la marcha desorientada que distingue la fase actual del gusto y exigencias estéticas del pueblo. Sin embargo, aun cuando ese gusto y esas exigencias están hoy tan profundamente contaminadas y se contentan con manifestaciones sumamente diversas, desde el punto de vista de su origen y de su naturaleza, eso no es una razón para creer que, en el alma de los obreros y de los campesinos, el instinto estético primitivo se haya apagado, en virtud de lo cual el fenómeno psíquico interior de las imágenes y sensaciones está indisolublemente unido al fenómeno exterior de su materialización bajo una forma artística. Bien al contrario, la existencia de esos gustos, y de esas inclinaciones debe ser interpretada como una prueba de la supervivencia tenaz de las necesidades estéticas del pueblo. Las condiciones económicas y sociales de la civilización contemporánea han podido, ciertamente, comprimir, alterar, desnaturalizar la expresión de esas necesidades elementales y eternas, así como los medios de satisfacerlas; pero nada impide creer que una obra inteligente y tenaz de organizaciones e instituciones sociales apropiadas, un instrumental suficientemente abundante, una nueva valoración de la producción artística

popular tradicional puedan remediar en parte estos daños, devolver a las clases obreras el sentimiento de la belleza, tan extendido en otro tiempo en esas mismas clases, y conducir al campesino y al obrero de las ciudades a construir, como en tiempos pasados, durante sus horas de ocio, objetos que alegren su vivienda y que lleven el sello de su personalidad y algunos reflejos de los sueños suscitados por su imaginación viva e ingenua.

Considerada desde ciertos aspectos particulares la cuestión sometida a estudio por la Oficina Internacional del Trabajo se presenta actualmente en condiciones singularmente favorables, que permiten intentar su solución con alguna esperanza de buen éxito.

Es sabido, y los informes recibidos por el Instituto proporcionan la prueba de ello, que la cuestión de las artes populares no había suscitado nunca hasta ahora un interés tan profundo por parte de los eruditos y del público de la clase media. En casi todos los países, se ha insinuado un movimiento de interés muy vivo hacia todo lo que queda de los siglos pasados en productos de arte popular, y no cesa de extenderse y acentuarse. En todas partes se fundan, con una frecuencia creciente, museos nuevos, consagrados a este arte. Las investigaciones científicas son, en este terreno, cada vez más vastas y más profundas; la literatura crítica histórica, de vulgarización, que le corresponde, es cada vez más rica. Se celebran exposiciones regionales y nacionales, cada día más numerosas y más importantes; se organizan grandes exposiciones internacionales, como la de Berna; los Congresos y conferencias consagrados a las cuestiones que tienen relación con las artes populares se suceden a intervalos cada vez más breves; Comisiones permanentes, tales como la Comisión Internacional de las Artes populares (C. I. A. P.), las Comisiones nacionales, las asociaciones regionales, despliegan una actividad admirable, que se aplica, ya a fines científicos, ya a fines de conservación; recoger los materiales todavía existentes, se esfuerzan en extender el conocimiento, y frecuentemente también en fomentar la continuación o el renacimiento de la producción. En el dominio musical,

excelentes compositores no desdeñan el acudir a los manantiales de la música popular para sacar los motivos y las inspiraciones de sus creaciones. Las comitivas folklóricas, el renacimiento de las fiestas religiosas y civiles, los juegos populares, son cada vez más apreciados e interesan cada día más al gran público.

Asistimos, en fin, a una actividad en el estudio y a una serie de esfuerzos en favor de las artes populares verdaderamente notables.

Todo esto demuestra que la cuestión planteada por la Oficina Internacional del Trabajo no corre el riesgo de quedar sin eco en la vida actual. Goza, por el contrario, de la simpatía de los medios interesados, y para su solución puede esperarse un gran provecho de ese intenso trabajo de preparación, que dura desde hace ya algún tiempo y cuyos resultados son cada vez más importantes y más definitivos.

No es demasiado atrevido el afirmar que la cuestión que nos ocupa no es de las destinadas, desde ninguno de sus aspectos, a permanecer en la esfera de las abstracciones generosas, sino que tiene las mayores probabilidades de poder llegar a soluciones positivas y de gran utilidad para las clases obreras. No aparece aislada, puesto que hemos visto que un vasto movimiento en favor de este arte la recoge y la sostiene. Pero no está tampoco aislada con relación a otras tendencias, más vastas y más profundas, que se manifiestan en la vida contemporánea.

Las consecuencias nefastas de la guerra, la formidable crisis que quebranta actualmente y parece conmover en sus fundamentos toda la organización económica e industrial de nuestra civilización, determinan ya ciertas corrientes de opinión que pretenden descubrir en el horizonte de la vida de hoy los primeros signos precursores de cierta reacción contra la tiranía del maquinismo industrial, que distingue y domina nuestra civilización. Muchos pensadores tienen en su alma la preocupación de definir el hombre moderno y los fines de la vida actual con relación a la civilización contemporánea. Un problema análogo se plantea para las clases obreras. El maquinismo industrial ha suprimido en el trabajo del obrero todo elemento

de individualidad: el trabajador se ha convertido en cierto modo en un accesorio de la máquina. Una vez suprimida la individualidad del obrero, todas sus características más nobles y más personales quedan afectadas, comenzando por la facultad de la imaginación, que permite a su espíritu evadirse de la prisión de las fatigas y sufrimientos cotidianos.

Este conjunto de circunstancias, y sobre todo, la existencia de tan vasto movimiento de ideas y de obras, extendido por todos los países civilizados en favor de las artes populares, constituye, en nuestra opinión, una atmósfera sumamente propicia a la realización de los fines que se propone alcanzar la Oficina Internacional del Trabajo.

Hará falta ciertamente, para sacar de esas circunstancias favorables toda la ayuda que pueden proporcionar a la solución del problema, vencer muchas dificultades, la primera de las cuales es obtener que ese movimiento en favor de las artes populares no quede circunscrito únicamente al dominio científico de la crítica histórica y artística, y no tome tampoco la forma de un estetismo romántico a quien gusta replegarse sobre la vida pasada del pueblo y evocar, para su único placer, ciertos aspectos pintorescos y agradables del traje, costumbres, fiestas y ceremonias populares.

Conviene, por el contrario, conseguir que la ciencia se avenga, por su parte, a comprender en su programa de investigaciones ciertas aspiraciones nuevas, de un alcance social, tales como las que interesan a la Oficina Internacional del Trabajo, y que aporte a ello, en una medida cada vez más amplia, su valiosa contribución. Conviene también conseguir que los medios que se han interesado hasta ahora en las artes populares, consideradas como fuentes de agradables evocaciones históricas y estéticas, se habitúen también a considerar en su justo valor el aspecto social del problema de que aquí nos ocupamos, aportándole el eficaz concurso de su actividad.

A esto es a lo que debería tender la consideración misma del porvenir reservado a las artes populares.

Si el programa trazado por la Oficina In-

ternacional del Trabajo pudiese ser, en efecto, realizado, es evidente que el despertar de la aplicación de las clases obreras a las artes en cuestión representaría un factor muy importante, y acaso decisivo, para la continuación de la producción artística popular. Y ese movimiento podría dar lugar a los desarrollos más felices. Podría, en efecto, determinar y acelerar, si no un renacimiento de las artes populares sobre la base de las antiguas formas tradicionales, al menos, una evolución de esas artes en relación con los valores propios de la vida contemporánea. Pues nada impide creer que un arte popular nuevo, adaptado a la época y las necesidades modernas, pueda surgir y florecer en breve, cuando haya pasado el período de crisis y desorientación que atravesamos. Y mientras que todo el mundo opina que el arte popular, si no está verdaderamente próximo a apagarse, está, al menos, en un estado de decadencia bien marcada, se preparan hoy acaso reacciones, movimientos, y sobre todo la atmósfera espiritual de donde surgirá el nuevo arte popular, sin que ese fenómeno sea por el momento bastante visible para poder ser fácilmente percibido por nosotros. Nos congratulamos de hacer constar a este propósito que, en su excelente informe, el eminente sabio M. Marinus comparte la opinión expresada más arriba. Es, en efecto, un error profundo el creer que el arte popular del pasado forma un solo bloque de ideas y de formas que, aparecido un día en el horizonte de la vida humana, se haya conservado inmóvil e inmutable a través de los siglos, hasta nuestros días, para desaparecer y apagarse hoy mismo.

La historia entera de las artes populares, como la de las demás artes, no es más que una sucesión no interrumpida de desarrollos del pensamiento del pueblo, y de los medios y formas de que se ha servido para expresarlos.

Si consideramos atentamente esta historia, nos vemos forzados a reconocer que constituye una serie de manifestaciones nuevas, de transformaciones de asuntos tratados, de abandonos y desapariciones de otros asuntos, de desarrollos, de detenciones momen-

táneas, subordinado todo a las variaciones de raza, de época, de clima, de economía, de bienestar o de decadencia social. Examinando esta historia a través de los grandes períodos transcurridos no es posible reconstituir los cuadros y las etapas sucesivas de la evolución artística popular del pasado. Esta condición esencial falta, evidentemente, a los que pretenden examinar y definir el fenómeno histórico que vemos producirse ante nuestra vista.

Basta desflorar estas ideas para comprender inmediatamente cuánta actividad habrá que gastar en la propaganda y en los esfuerzos de coordinación para asegurar al problema que nos ocupa la colaboración de los medios científicos o simpatizantes de que hemos hablado más arriba.

El Instituto ha iniciado ya, por su parte, los primeros pasos en la vía de las realizaciones. La atención de las Comisiones nacionales de Cooperación intelectual, y, mejor aun, la de la Comisión Internacional de las Artes populares, ha sido atraída sobre la encuesta que estamos realizando y nos congratulamos en reconocer que esta importante organización, tan bien reputada en lo que respecta a este género de estudios y de actividad, ha prestado ya su valioso apoyo a la encuesta dicha, que constituirá próximamente uno de los más importantes asuntos de discusión.

B. *El obrero y el arte popular.*

Encontrándose así el arte popular amenazado casi por todas partes, *no puede esperarse que desempeñe en sus formas tradicionales, en particular en el terreno de las manifestaciones plásticas, un papel muy notable en la vida del obrero de hoy, sobre todo, del obrero industrial.*

Se destaca, en efecto, de la documentación recogida por el Instituto que, en todas partes en que la industrialización del país o de algunas de sus regiones ha hecho grandes progresos, las manifestaciones tradicionales del arte popular, excepto el canto, la música y el teatro, no ofrecen más que un escaso interés para el obrero industrial.

Es preciso, sin embargo, observar que en

los países fuertemente industriales, como Austria, Bélgica y algunas partes de Italia, el arte popular tradicional continúa desempeñando un papel importante en la vida de los obreros que constituyen un gran porcentaje de la población total del país. Por el contrario, en ciertos países menos industrializados, como Polonia, Dinamarca, los obreros industriales rompen, según se asegura, todo lazo con las tradiciones del arte popular. Se trata, sin duda, de explicar esas diferencias por razones particulares: el carácter nacional de obrero, sus aptitudes naturales para el arte, su adhesión más o menos profunda a las tradiciones; pero se impone otra reflexión que nos limitaremos a mencionar aquí; tiene relación con la actividad desarrollada en algunos países para combatir la decadencia del arte popular; ejerce frecuentemente una influencia muy considerable también sobre los obreros de industrias, y así aparece una primera indicación preciosa, la vía en que debe buscarse una solución.

Que el obrero agrícola, trabajando en el campo, fuera de los grandes centros industriales y de su desastroso influjo, permanece tradicionalista, y trata de expresar sus concepciones artísticas por los medios que empleaban sus antepasados, lo vemos en todas partes en que el mecanismo agrícola no ha ganado todavía demasiado terreno. Aun en centros industriales, donde los obreros no forman masa homogénea, donde trabajan campesinos o hijos de campesinos, el arte popular no cesa de manifestarse. Alejándose de la tierra, de la vida primitiva y rústica, es donde, desdeñando las tradiciones y las formas de su vida anterior, el obrero se separa cada vez más de las concepciones artísticas del arte popular. Despojándose de su traje, comienza a despreciar los objetos decorados con motivos de arte popular, a olvidar, a desdeñar los juegos antiguos y la celebración de las fiestas tradicionales. La canción popular y los viejos aires de su provincia son los que resisten más tiempo a su *standardización* humana.

Estudiando, en los informes recibidos, la parte que trata de los medios de utilizar el arte popular para el ocio de los obreros, se

saca la impresión de que varios autores han respondido a la investigación de la Oficina Internacional del Trabajo insistiendo en el lado artístico y crítico del problema del arte popular en la vida contemporánea, más que en el lado social de la cuestión.

Algunos de ellos, especialmente competentes en materia de arte popular, profundos conocedores de las condiciones en que se desarrolla, expresan *dudas sobre la oportunidad o aun sobre la posibilidad de hacer renacer el arte popular por medios artificiales, de "crear lo espontáneo artificialmente"*. Sin embargo, consideran en general favorablemente el lado social y educativo del problema, y, desde este punto de vista, esperan tomar iniciativas de resultados provechosos.

Es, sobre todo, el lado social y educativo el susceptible de interesar a la Oficina Internacional del Trabajo. En efecto, lo mismo que con la utilización de las bibliotecas populares no se pretende de ningún modo obtener eruditos, sino procurar a los trabajadores medios sanos y susceptibles de elevar su nivel intelectual, la utilización del arte popular se dirige, ante todo, a asegurarles una distracción de carácter artístico, a procurarles la satisfacción de fabricar objetos de uso cotidiano, a fortificar los lazos que les unen a las mejores tradiciones de su patria, a permitirles también desarrollar, en el cuadro y en el espíritu de la vida contemporánea, sus talentos eventuales.

Una vez establecida la inteligencia de estos propósitos, la utilización de las artes populares para el ocio de los obreros, parece, según la documentación recogida por el Instituto, no solamente posible y realizable, sino también deseable, desde el punto de vista social y educativo. La apelación a los recursos del arte popular durante las horas de ocio debería ejercer una influencia pedagógica favorable y crear una diversión en el trabajo cotidiano convertido en monótono y mecánico. El informe italiano ve en él un medio de desviar a los trabajadores de toda tentación nefasta después del trabajo y de elevar su espíritu, descansando a la vez su cuerpo. El informe británico espera ver nacer en el espíritu de los trabajadores ideas más sanas sobre la vida y enriquecerse por

esto mismo en filosofía. Es interesante observar que el informe yugoslavo espera de una extensión del arte popular en los medios rurales una disminución del éxodo hacia las ciudades, lo que mejoraría al mismo tiempo las condiciones económicas de la clase obrera de los grandes centros industriales.

La utilización del arte popular para el ocio de los obreros será evidentemente más fácil de realizar allí donde sus manifestaciones todavía no han desaparecido enteramente de la vida del pueblo, en razón de las condiciones económicas y sociales más favorables o de una acción de defensa bien conducida. Esta comprobación lleva a M. Opresco, autor de un informe rumano muy interesante, a considerar que *la utilización del arte popular para el ocio de los obreros y la lucha contra la decadencia del arte popular no son más que dos aspectos diferentes del mismo problema*. Esta opinión parece bien fundada, y es cierto que la acción a emprender debería inspirarse tanto en las sugerencias que se encontrarán más adelante como en las medidas aplicadas en diversos países para contener la decadencia del arte popular.

Nacida de la misma necesidad, comprobada por una larga y fructuosa experiencia, la actividad desplegada en esos países podría servir de modelo a la solución del problema planteado por la Oficina Internacional del Trabajo. Conviene claramente citar, a este respecto, la obra de la "Dopo Lavoro" en Italia, la del Gobierno Húngaro y la de diversas asociaciones en Rumania.

Sería, sin embargo, sumamente difícil, si no imposible, proponer en esta materia medidas aplicables a todos los países. La concepción nueva formulada por la Oficina Internacional del Trabajo se presenta bajo un aspecto diferente en cada nación y en cada pueblo. El obrero del siglo xx no está desprovisto de sentimiento estético, de la necesidad de distracción propia a cada ser humano. Pero, formado en medios sociales diferentes, no reacciona en todas partes a los mismos métodos de vigorización, ni se satisface en todas partes con las mismas manifestaciones. Una condición es esencial, cada vez que se intenta agudizar el gusto artístico del obrero en una cierta dirección: la de dejarle la ma-

yor libertad en la expresión de sus sentimientos estéticos. Espontaneidad y libre elección son las condiciones necesarias a cada creación, sobre todo en el terreno del arte popular.

El arte del trabajador debe estar adaptado a sus gustos, a sus concepciones y a sus posibilidades técnicas. Por otra parte, es preciso evitar cuidadosamente hacer nacer en el espíritu del obrero una impresión cualquiera de retroceso o regresión.

Es indispensable que sus sentimientos puedan expresarse sin opresión alguna, que sean la expresión libre de las emociones experimentadas al contacto del medio en que pasa su vida, que correspondan al estado económico, social e intelectual de ese medio. No hay que perder de vista nunca esta verdad al tratar de procurar al obrero la satisfacción de sus gustos artísticos, claramente en el dominio del arte popular, producto de una libre inspiración; todo lo que no procede del corazón y el cerebro del obrero le inspira repulsión.

Hay aquí una obra que debe ser conducida con mucho tacto y discreción, para llevar poco a poco a los obreros a considerar como una ocupación natural y entretenida el esfuerzo, el trabajo manual consagrado a la producción de un objeto de uso cotidiano de aspecto agradable.

La elección de los que estuviesen encargados de enseñar a los obreros a estimar el arte popular, a inspirarse en sus manifestaciones artísticas, presenta una gran dificultad, de que volveremos a hablar todavía. Cada error cometido a este respecto podría comprometer los resultados de su acción.

En fin, muchos informes, sobre todo el informe yugoslavo, expresan la opinión de que, al utilizar el arte popular para el ocio de los obreros, no se debería buscar, bajo ningún pretexto, beneficios financieros y económicos. Sacando provecho de la venta de objetos contruídos durante sus ocios se haría prolongar la duración del trabajo y explotar al obrero. El informe checoslovaco teme, además, que se crease así una temible competencia a los campesinos de algunas regiones del país que viven de su industria doméstica.

C. Medios de realización.

Ante todo, hay que plantear una cuestión previa: la de una *coordinación de las iniciativas, actividades e instituciones existentes en cada país, relativas al problema del arte popular*. Acaso fuese a los Comités nacionales de Arte popular, de inteligencia con las Comisiones nacionales de Cooperación intelectual, a quienes incumbiese la tarea de realizar esta coordinación.

Hemos hecho constar más arriba que existe ya en casi todos los países civilizados un vasto movimiento intelectual en favor de las artes populares, movimiento que se manifiesta en una gran medida y bajo las formas más diversas. En casi todas partes se ocupan, con notable celo, de defender y poner en evidencia el patrimonio artístico popular, de conservar los tipos de la producción y favorecer su continuación, de estimular el renacimiento de la música, del baile; del teatro popular, de las fiestas civiles y religiosas, de las comitivas de trajes, de los juegos, amados por los pueblos de otros tiempos.

Pero esos esfuerzos unánimes y muy notables por la importancia que presentan en su conjunto no están, generalmente, bastante coordinados entre sí para que sea posible sacar de ellos todo el provecho que se debería alcanzar desde el punto de vista de la cuestión planteada por la Oficina Internacional del Trabajo.

Convendría efectuar, en ese terreno, una *coordinación real y eficaz*. Sería de desear que, en cada país, las instituciones públicas y privadas ya existentes y que se interesan en las cuestiones que tienen relación con el arte popular pudiesen obrar de concierto, formando como partes de un organismo único, no ignorado del Estado, y hasta más o menos favorecido por él y sostenido en cuanto lo permitan las condiciones propias de cada país. Si este organismo inscribiese en su programa, además de sus fines particulares, el fin de carácter social y educativo que persigue la Oficina Internacional del Trabajo, los auxilios realmente decisivos que fuesen aportados a la solución de ese último problema determinarían acaso el éxito final.

Se ve, en efecto, que en países tales como

Bélgica, Hungría, Italia, Rumania, donde esta coordinación de esfuerzos y de medios de acción está más desarrollada, los resultados obtenidos con relación al propósito perseguido por la Oficina Internacional del Trabajo son muy apreciables.

En Italia, la institución del "Dopo Lavoro" ha querido coordinar y desarrollar los esfuerzos, las iniciativas, las actividades propias de otros centros que se interesan en las cuestiones artísticas de carácter popular y dirigirlas, sobre todo, hacia la realización de un programa en que la utilización del ocio de los obreros en el campo de las artes populares figura en primera línea.

Se trata de un organismo poderoso, provisto de recursos imponentes, creado y disciplinado por una ley, y cuya competencia se extiende sobre todo el territorio del reino y sobre las colonias; este organismo comprende secciones correspondientes a las grandes administraciones del Estado, de las Provincias, de los Municipios, a las administraciones privadas y a las de las corporaciones de todo género. Esta institución nacional italiana se extiende a las clases de trabajadores manuales e intelectuales de las diversas administraciones e instituciones públicas y privadas.

Las soluciones diversas del problema planteado por la Oficina Internacional del Trabajo dependen en primer lugar, como ya lo hemos indicado, de la estructura económica y social del país interesado, según que sea más bien industrial o agrícola; pero varían también según el grado de desarrollo de cada país. Allí donde los obreros no parezcan haber alcanzado todavía el mismo nivel de bienestar (salarios, horas de trabajo) que en otros países, sería quizá prematuro hablar de una utilización de sus ocios.

* * *

Tendría importancia grande crear en la masa obrera una disposición de espíritu favorable al arte popular. El obrero transplantado a una gran ciudad o a un centro industrial se acostumbra a desdeñar y a despreciar las manifestaciones del arte popular. Sería necesario, ante todo, que en-

contrase un buen ejemplo en los que él considera superiores, ya por su situación material, ya intelectualmente, y a quienes trata de imitar.

Este ejemplo, este estímulo podrían venirle, sobre todo, de los jefes de empresas industriales, de los sindicatos obreros, de las Cámaras de Trabajo, de las organizaciones obreras. Inspirándose en motivos de arte popular para amueblar las oficinas, las casas obreras, los locales de recreo, etc., acostumbrarían al obrero a mirar esas creaciones con otros ojos, a interesarse por ellas, a ver allí algo que merece ser apreciado y conservado, acaso imitado en la medida de sus propias capacidades.

Toda tentativa de utilización del arte popular para el ocio de los obreros debería ir necesariamente acompañada de una acción para la protección y estímulo del arte popular en general, en todas las partes en que sus manifestaciones subsistan. Esta acción debería inspirarse en métodos aplicados con mucho éxito en algunos países, por las asociaciones que se ocupan de la protección del arte popular (Bélgica, Rumania) y por la iniciativa gubernamental o nacional, que, organizada metódicamente (Italia, Hungría, Checoslovaquia, Suecia), tanto en el campo de la educación artística en general como en el de la propaganda del arte popular, podrían servir de modelo para toda empresa análoga.

La atracción de los obreros hacia el arte popular, según muchos peritos (Francia, Rumania, Yugoslavia), debería ser intentada en primer lugar en las colectividades, donde los obreros gozan de cierto bienestar, forman agrupaciones, colonias. Esta condición sería especialmente favorable a las formas de arte popular que muestran —como ya hemos indicado— la mayor resistencia a la decadencia de este arte, es decir, la música popular, el canto y el teatro popular. En las colonias obreras, la colaboración de las administraciones de empresas industriales (1), de los sindicatos y aso-

(1) Muchas grandes casas de comercio de la Gran Bretaña han encargado a algunos de sus colaboradores de un verdadero servicio social, con propósito de organizar para uso de sus

ciaciones obreras, indispensable para el éxito de esta propaganda, sería más fácil de obtener y realizar. A la actividad llevada a ciertos centros industriales, se podría añadir la creación de centros regionales trabajando en contacto con los Comités nacionales de arte popular. En fin, habría que considerar la asociación, la federación de las organizaciones obreras de un mismo país para que pudiesen prestarse una ayuda mutua, proseguir en común la restauración del arte popular.

Los informes recibidos por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual no son muy abundantes en sugerencias prácticas para resolver el problema en cuestión. La novedad de esta tentativa, la imposibilidad de basarse en una experiencia práctica, el temor de algunos peritos de no poder salvar el arte popular de su decadencia, en fin, cierta confusión a veces con el problema de la educación artística en general, explicarían esta situación. Sin embargo, del estudio de estos informes se desprende cierto número de sugerencias. Aunque aplicables al mismo tiempo a toda empresa de iniciación artística de las masas, pueden adaptarse a la solución del problema especial que tenemos ante nosotros. Se las puede clasificar en dos grupos distintos: las que procuran la preparación de un terreno favorable; las que están destinadas a estimular al obrero a ocuparse activamente en el arte popular.

Hemos dicho que casi todos los países poseen ya o están a punto de organizar grandes museos consagrados al patrimonio artístico popular todavía existente. Y seguramente se crearán en todas partes otras instituciones del mismo género. Únicamente, cuando tratemos de establecer pequeños museos de arte popular, hagamos alusión a un tipo de colecciones completamente diferente, en cuanto a la extensión y al carácter, del que ha sido realizado hasta aquí. Las colecciones actuales forman, en efecto, conjuntos de un alcance muy vasto, creadas con el objeto de presentar un cuadro lo

empleados actividades de carácter intelectual o deportivo.

más completo posible de todas las manifestaciones artísticas populares de un país o de un grupo de países, y concebido según principios científicos rigurosos, con materiales expuestos, en general, en vitrinas y dispuestos en un orden cronológico y topográfico. Ahora bien, es preciso confesar que las clases obreras y campesinas no obtienen de esta clase de museos todo el provecho deseable, es decir, un aumento notable en sus conocimientos y, sobre todo, un renacimiento de interés para las manifestaciones artísticas populares, que es lo único que podrá hacer que se desarrolle entre esas clases una tendencia espontánea a consagrar su ocio a la confección de objetos inspirados en los modelos reunidos en los museos. La solemnidad científica de los museos en cuestión, el gran número de materiales que contienen, su misma distancia de los centros rurales y de los centros obreros de las ciudades, les hacen difícilmente accesibles a esas clases populares. El alimento científico que encuentran allí los obreros y los campesinos no conviene, en fin, siempre a su espíritu sencillo y primitivo, que una preparación insuficiente hace con frecuencia impropio para tal asimilación.

Los museos de arte popular que quisiéramos ver propagarse serían, por el contrario, lo más numerosos posibles y de un alcance limitado, referentes más bien al patrimonio artístico de una región que al del país entero. Esos museos estarían situados muy cerca de los centros rurales y obreros; no se perseguiría en su organización un rigor científico excesivo, sino la claridad sencilla, con una elección de ejemplares hermosos y bien conservados, presentados de una manera agradable y pintoresca, y, sobre todo, en locales especialmente amueblados a este efecto, y formando ellos mismos reconstituciones de habitaciones populares reales, donde los objetos, los trajes, los accesorios de la casa, del trabajo, de los pasatiempos, de la vida regional del pueblo, en fin, encontrarían su lugar más natural y más susceptible de valoración.

1.º La iniciación de los obreros en el arte popular debería, por consiguiente, co-

menzar por el mobiliario de esos *pequeños museos de arte local*. Los objetos destinados a entrar en esas colecciones serían fáciles de reunir, y su adquisición no significaría, en las condiciones actuales, más que gastos muy modestos. Esas colecciones podrían ser colocadas en locales destinados a este objeto por las empresas industriales, o bien por las mismas asociaciones obreras. Se trataría de completarlas con una documentación relativa al arte popular. Sería igualmente deseable proceder a un inventario de las manifestaciones de arte popular olvidadas, o que, vivas todavía, mereciesen ser conservadas. Para esta labor se podría buscar la colaboración de obreros que hubiesen conservado algunas tradiciones de arte popular, lo que permitiría realizar una experiencia muy interesante.

2.º El interés de la masa obrera para el arte popular podría ser despertado igualmente por *visitas a museos o a colecciones ya existentes*. Al mismo tiempo, podrían organizarse excursiones a las partes del país donde subsistan algunas tradiciones de arte popular bajo forma de trajes, habitaciones y muebles, fiestas, juegos y comitivas populares. Las visitas a museos y las excursiones deberían ser organizadas con el concurso de personas competentes en materia de arte popular, que fuesen capaces de dar a los visitantes todas las informaciones y todas las explicaciones necesarias. Las cualidades que deberán poseer las personas que ejerzan una acción cualquiera relacionada con la propaganda del arte popular serán el objeto de un estudio especial.

3.º En todas partes en que sea posible convendrá organizar, con la participación de los obreros mismos, *juegos, comitivas y fiestas* de carácter tradicional, una reconstitución de las costumbres antiguas.

4.º Al mismo tiempo deberá hacerse una *propaganda* hábil y discreta en favor del arte popular, sirviéndose de folletos, de la Prensa, de la T. S. H. y de los discos. Pequeños folletos, desprovistos de todo aparato científico, adornados con reproducciones y fotografías, podrían ser repartidos en la masa obrera, así como colecciones de tarjetas postales, etc.

Medidas prácticas para aplicar.

Habiendo preparado el terreno e interesado a los obreros en las manifestaciones del arte popular, se deberá proceder a una acción de atracción práctica, hacerles ejecutar trabajos, inspirándose en creaciones populares y en los motivos que expresan. Esta actividad no debería limitarse nunca a una imitación propiamente dicha, sin tender a la transformación artística de una manifestación campesina, permaneciendo esencialmente en la lógica artística del prototipo. Al provocar esas adaptaciones habrá que guardarse también de otro peligro: el de propagar el diletantismo.

A ese estado de iniciación se le plantea el difícil problema de encontrar instructores capaces de llevar a buen fin una empresa semejante; la cual es delicada tanto desde el punto de vista pedagógico como del práctico; la colaboración de las personas cultas con los que mantienen la supervivencia de las actividades primitivas es siempre peligrosa para el arte popular.

El informe francés espera encontrar voluntarios entre los educadores, profesores primarios y secundarios, bibliotecarios y archiveros, funcionarios de administraciones locales, etc. Acaso fuese ésta una solución también para otros países; pues hay que subrayar que muchos informes, sobre todo el polaco, insisten en esta dificultad. Resolver felizmente ese problema sería la condición primordial del éxito de toda esta acción.

En Polonia se está ensayando desde hace algún tiempo el emplear como maestras, en ciertas ramas del arte popular (bordados, tejidos), a mujeres del pueblo especialmente hábiles en esos trabajos. Los resultados obtenidos son muy alentadores.

La atracción práctica hacia el arte popular comprendería las etapas siguientes:

1.^a *Enseñanza* bajo la forma de reuniones, conferencias y conversaciones, cuyo programa se establecería de acuerdo con las autoridades competentes en materia de arte popular, en primer lugar con la Comisión internacional de las Artes populares, y sus Comités nacionales.

El programa de esos servicios de preparación, su forma, la ilustración por la pantalla o por la ejecución de piezas de canto o de música popular, dependerían evidentemente de las manifestaciones sobre las cuales hubiera de llevarse el esfuerzo.

En el caso de una propaganda por el teatro popular, esas lecciones deberían ser organizadas tanto para los actores aficionados como para los directores de teatros populares.

Las escuelas técnicas y de artes aplicadas, los sindicatos, así como todas las agrupaciones que procuran la educación de las masas populares, la organización de cursos, todos podrían colaborar en esto.

Esta enseñanza podría comenzar ya en la escuela primaria, poniendo a la vista de los niños colecciones de láminas representando las manifestaciones del arte popular, enseñándoles las canciones, haciéndoles representar piezas del teatro popular. Las escuelas de los barrios obreros deberían enseñar a los alumnos a conocer y a amar el arte popular (1). Uno de los medios más eficaces para alcanzar el propósito deseado por la Oficina Internacional del Trabajo sería predisponer por la enseñanza la sensibilidad y la inteligencia de las nuevas generaciones, destinadas a formar las clases obreras del porvenir, de manera que estén dispuestas a considerar con simpatía las expresiones del arte popular, por lo menos aquéllas que están más conformes con los gustos modernos de la vida urbana, tales como el embellecimiento del hogar, la música, el teatro, el baile, las comitivas, las fiestas.

2.^a Formación de *talleres*, provistos de los útiles necesarios, de modelos, de aparatos de registro, de proyecciones, etc.

3.^a Organización de *concursos*: trabajos ejecutados por los obreros durante sus ocios,

(1) En las escuelas de aprendices industriales de Hungría, hay una relación estrecha entre la enseñanza del dibujo y la del trabajo manual. En las clases de dibujo se hacen componer las obras que se han de ejecutar en seguida en las clases de trabajos de aguja; allí se enseñan todos los principales procedimientos técnicos del arte popular. Para los muchachos, las clases de "Slöjd" son las que proporcionan la ocasión de utilizar el arte popular.

canto y música populares, teatro de aficionados. La emulación y el amor propio constituirían, según el informe rumano, un estímulo muy eficaz para despertar el interés de los obreros.

4.^a La cuestión de una *venta eventual* de los objetos fabricados por los obreros produce, como ya hemos visto, graves dudas. Sería necesario también rodear toda venta eventual de numerosas precauciones.

Algunos de los peritos que han estudiado este problema aportan soluciones negativas. Temen mucho que el obrero, incitado por el cebo de la ganancia, consagre sus ocios a la producción de objetos de arte popular en tal grado, que le produzca una fatiga que empeore sus condiciones de vida espiritual. Esos mismos peritos temen también que los objetos de arte popular producidos en tales condiciones no se vendan a precios demasiado modestos. Esto tendría por consecuencia que, por un lado, el obrero sufriría un exceso de trabajo, y por otro, podría hacerse una competencia perjudicial a la producción de los artesanos que se consagran especialmente a la fabricación de esta clase de objetos.

El informe yugoslavo, por ejemplo, no admitiría la venta más que por intermedio de las organizaciones obreras, que vigilarían sus condiciones, o bien mediante exposiciones organizadas con ese objeto, y para ayudar al desarrollo del arte popular.

Sin embargo, se podría adoptar una opinión completamente contraria a la que ha sido expuesta: la de que la venta de objetos de carácter popular construídos por los obreros durante sus ocios fuese permitida, y esto por razones diversas:

Si el obrero puede producir nada más que para su propio uso doméstico, no se ve cómo esta producción pudiera durar indefinidamente. En efecto, si ha producido ya durante sus horas libres todo lo que necesita para embellecer su pequeña casa, ¿qué podrá hacer, además, si se le prohíbe la venta?

La perspectiva de la ganancia es siempre el más poderoso de los estímulos.

Si el obrero que demuestra buenas aptitudes personales consigue producir con faci-

lidad y con sentimiento de belleza objetos de carácter popular, que encuentran compradores en la clase a que pertenece, ¿no hace así la mejor y más eficaz propaganda en favor de las artes populares?

Si, después, en el ejercicio de esta actividad, llegase a aumentar y mejorar su producción, ¿no podría ocurrir que pudiese esperar hacer de esta actividad la fuente única de sus ingresos, y que le fuese posible libertarse un día de la vida, bastante más dura, de obrero industrial? En ese caso, la competencia que pudiera hacer a los artesanos que se han consagrado a la producción de esas mismas series de objetos no sería diferente de la de cualquier artesano capaz frente a sus demás colegas.

Para el caso, en fin, en que la producción por el obrero industrial de objetos de arte de carácter popular realizada durante sus ratos libres permaneciese limitada a causa de la falta de aptitudes especiales, parece que la competencia no ocasionaría daños reales a la producción de los artesanos del oficio; aunque sería más bien lo que ocurriría, y siempre en una medida muy modesta, para el tipo de objetos fabricados en serie por la industria.

HIGIENE Y MORAL ⁽¹⁾

(ESTUDIO DEDICADO A LOS JÓVENES)

por el Dr. Paul Good

(Continuación.)

Vosotros habréis visto esos caballos que enganchan a los camiones de los cerveceros para los grandes acarreos, o a los tranvías de nuestras ciudades. Para que puedan proporcionar el duro esfuerzo que se les exige, ha sido preciso escoger caballos enteros, y, como han llegado a la edad de su completo desarrollo, es evidente que sienten la necesidad de satisfacer sus necesidades sexuales; y, sin embargo, viven y mueren sin haberlas satisfecho jamás. ¿Se encuentran mal por eso? Mirad sus robustas ancas, su pelo reluciente, considerad cuán hermosos resultan

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

cuando muestran su potencia llevando una pesada carga, y decidme si esos buenos mozos están sanos o enfermos. Y lo que sucede con los caballos, sucede también con otros muchos animales, a los cuales especiales circunstancias privan, por un tiempo determinado o por toda su vida, de la facultad de reproducirse.

Pero no consideremos solamente a los animales. Dime, joven, ¿no conoces algún amigo, algún camarada, al cual acaso admiras como ser superior, que ha sabido librarse de esa pretendida necesidad de satisfacer menesteres ficticios en la mayoría de los casos? Interrógale, pregúntale qué sufrimientos físicos padece a causa de su continencia. ¿Resulta menos inteligente que tú en el trabajo, menos vigoroso en los ejercicios físicos? Sin conocerle, apostaría a que no.

Tened, pues, como él, un poco de fuerza de carácter en lugar de dejaros llevar cobardemente *a obrar como los demás*. Bueno, sí, *obrad como los demás*, pero elegid como modelo a los que saben dominar sus pasiones, mucho más numerosos de lo que vosotros pensáis, en lugar de seguir el ejemplo de aquellos que encuentran mucho más cómodo dejarse dominar por instintos bestiales, tomando como divisa este lugar común, tan falto de sentido: *Es necesario dar a la juventud lo suyo*.

Obrando así, iréis en buena compañía. Leed esta carta que el gran músico Mozart escribía en 1781, a la edad de 25 años:

“La Naturaleza habla en mí tan alto como en cualquier otro, y aun con más fuerza acaso que en un rústico rudo y grosero. Me es, sin embargo, imposible acomodar mi conducta a la de tantos otros jóvenes de mi edad. Tengo, en primer lugar, un espíritu sinceramente religioso, mucha honestidad, demasiado amor al prójimo para decidirme a engañar a cualquier criatura inocente. Por otra parte, estimo demasiado mi salud para aventurarla en un comercio equívoco. Bien puedo jurar, poniendo a Dios por testigo, que hasta hoy no tengo que reprocharme ningún desfallecimiento.” (Mozart.)

Coincidencias de viaje con misioneros de las colonias me han proporcionado ocasión de conocer algunos sacerdotes o frailes. No

puedo repetir nuestras conversaciones, pero de ellas se deduce que el cumplimiento del voto de castidad no tiene inconveniente alguno para su salud. Y lo que un sacerdote, que está constituido como tú y como yo, puede hacer durante toda su vida, ¿no lograrás tú hacerlo durante algunos años solamente con la esperanza de ver que un día la expectación llega a su fin, y sostenido por la idea de conservar tu pureza para aquella, conocida o desconocida aún, que la conserva para ti?

Que la lucha sea un poco dura, ¿será, acaso, un motivo para no salir vencedor? ¿Qué mérito sería vencer sin resistencia? Emplead en esta lucha algunas fuerzas de las que habríais de gastar en excesos; muy pronto dejarán de atormentaros, y si disponéis de tantas, no tardarán en ser empleadas con más utilidad. Cuando menos, ganaréis con ello un dominio sobre vosotros mismos, una fuerza de voluntad, que puede seros útil de un modo especial en la existencia que el porvenir os reserva. Y cuando veáis, cosa que se ve, ¡ay!, demasiado a menudo, hombres que desde todos los puntos de vista podrían creerse superiores hundirse de golpe en lamentables escándalos, fijaos un poco en si el verdadero motivo no es que no habían sabido salir vencedores de estas pruebas preliminares en que se templa por completo la virilidad del hombre, tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista moral; ved si no les había faltado esta ruda pero beneficiosa iniciación para la vida.

Creo que, desde ahora, ni uno de mis lectores creará en conciencia que la salud del joven necesite de relaciones sexuales.

Algunos pueden ser impulsados hacia ellas por la curiosidad, por el deseo de saber qué cosa sea; otros, por no formar grupo aparte, seguirán malos consejos o malos ejemplos, que no faltan en ninguna parte, sobre todo si el alcohol les ha hecho perder su libre albedrío.

Pero ni uno de vosotros, queridos amigos desconocidos, podrá decir con sinceridad que cede a una necesidad ineludible de su salud. O, por el contrario, será preciso que afirme al propio tiempo, contra toda verosimilitud, que todos los miembros de la Academia de

Medicina, los de la Facultad de Medicina de Cristianía, los 400 sabios reunidos en Bruselas, todos los profesores eminentes y doctores cuyos escritos he reseñado, y aun yo mismo, todos nos hemos puesto de acuerdo para publicar el mismo embuste.

Y solamente por satisfacer de un modo prematuro una malsana curiosidad, por seguir malos consejos, por obrar tan brutalmente como los otros, ¿habría de ir el joven deliberadamente a exponerse a contraer una o varias de las enfermedades de que acabo de hablar, las cuales pueden emponzoñarle para toda la vida? Y no sólo emponzoñarle a él, sino también a todos los que le rodean.

Un libertino que se expone a tales enfermedades debe ser considerado como un azote, como una plaga social, por cuanto por él se perpetúan. El es quien las trasmite a los seres que le son más queridos: su esposa, sus hijos, sus nietos.

¿Es que todo aquello merece la pena de correr semejantes riesgos? Siendo cosa tan sencilla, tan natural, tan conforme con las reglas de la Higiene y de la Moral, que el joven se conserve puro hasta el momento en que pueda casarse con la joven que se habrá conservado pura para entregarse a él.

¿No merece semejante porvenir que se le sacrifiquen unas cuantas malas inclinaciones? Tanto más cuanto que tales inclinaciones o tentaciones llegan con rapidez a convertirse en una cosa insignificante cuando, desde un principio, se ha adquirido el hábito de dominarlas e imponerles la voz de la razón.

Si, por el contrario, uno cede, si se deja dominar por ellas, constitúyense bien pronto en dueñas sin piedad, insaciables, que atormentan cada vez más al desdichado que se ha hecho su esclavo, y le arrastran con frecuencia a la enfermedad, a la vergüenza y a la tumba.

Acaso os digan: "Si te conservas virgen hasta el día de tu matrimonio, no sabrás lo que has de hacer." Error profundo. Las aves de los cielos no necesitan lecciones para unirse y construir sus nidos. Y si dudáis de vosotros mismos, ¿no será mejor aconsejarse de un padre, de un pariente, de un amigo ca-

sado, que ir a tomar lecciones de una prostituta, con los peligros que ya conocéis?

Hasta aquí, jóvenes amigos míos, he supuesto siempre, al dirigirme a vosotros, que os halláis en el momento crítico de vuestra existencia, y que no habéis aún caído. Tened cuidado: el primer paso cuesta caro; el escalón que bajéis, con dificultad lo volveréis a subir. Escuchad este lamento del poeta:

Corazón de hombre virgen, un vaso que es muy
[hondo;
si en él primeramente vertieres agua impura,
pasen por él los mares: no torna su blancura.
Que es inmenso el abismo, y la mancha en el
[fondo.

¿Oís ese grito del abismo; al hombre llorando su pureza perdida?

Estad seguros de que, cuanto más por vencidos os deis en la lucha que habéis de sostener contra todo lo que os atraiga hacia las pasiones que no debéis aún sentir, más trabajo os costará alcanzar la victoria definitiva.

"La satisfacción ilícita de la pasión naciente no es tan sólo una falta moral: es un terrible perjuicio para el cuerpo. El nuevo menester se convertirá en tirano, si se cede; una condescendencia culpable le mantendrá y le hará cada vez más exigente; cada nuevo acto forjará un nuevo eslabón de la cadena del vicio."

"A muchos no les quedan fuerzas para romperlas, y terminan, impotentes, por una ruina física e intelectual, esclavos de un vicio a menudo contraído, tanto por ignorancia como por perversidad. La mejor salvaguardia consiste en el cultivo de la pureza de pensamientos y la disciplina de todo su ser" (1).

"No es verdad que la abstinencia perjudique a la salud; pero lo que sí es cierto es que las necesidades aumentan a medida que se satisfacen, así como que el hombre es libre para comenzar, pero en muy raras ocasiones para terminar." (Dr. Sonderegger.)

Y si, por desgracia, ya habéis sucumbido en la lucha, tened ánimo aún; luchad, luchad

(1) John G. M'Kendrick, profesor de Fisiología en la Universidad de Glasgow.

todavía. Luchad para ser más fuertes. Luchad para desligaros de una complicidad tanto más infame cuanto que, en primer lugar, vuestra cómplice es posible que se venda a causa del hambre; y luego, porque vosotros no le proponéis la compra aprovechándoos de tan imperiosa necesidad. Luchad para no ver vuestro hogar manchado por el triste fruto de vuestros excesos. Luchad para tener el júbilo de veros un día rodeados de hijos hermosos y fuertes, que serán vuestro legítimo orgullo y la más preciada de todas las recompensas. Luchad para ser en adelante hombres fuertes y libres, en lugar de desdichados esclavos de pasiones que comprometen la salud física y llegarían a destruir toda energía, si os dejaseis llevar de ellas en vez de dominarlas. Luchad diciéndoos a vosotros mismos que "vuestro programa es aquel que resume todas las aspiraciones de la Humanidad, todas sus tendencias hacia un perfeccionamiento continuo e indefinido, que puede formularse en una sola palabra: progreso."

V

"La cuestión social es una cuestión moral."

(Ziegler.)

La pureza de acción no podría ser conservada si no cuidase al propio tiempo de conservar la pureza moral del individuo. Pero eso es ir contra la Naturaleza, dirán algunos; el hombre no ha sido creado para guardar su continencia hasta los 26, los 28 ó acaso los 30 años, época en que, especialmente en la clase media, se reúnen las condiciones necesarias para pensar en el matrimonio.

Esto es evidente. Tampoco ha sido creado el hombre para hacer fotografías, andar en bicicleta o viajar en ferrocarril, y, sin embargo, se sirve a diario de las ventajas que le proporcionan los descubrimientos, los trabajos de sus antepasados y la lenta evolución de la Humanidad hacia la civilización y el progreso. El hombre ha conquistado estas mejoras valiéndose de su inteligencia y de su libertad; pero no ha podido hacerlo más que especializando los trabajos, viviendo en sociedad con todos sus beneficios, pero también

con todos los deberes que implica el nuevo estado de cosas.

El hombre ha cambiado las condiciones primordiales en que la Naturaleza le había colocado mediante la civilización, y si quiere disfrutar de las mejoras, debe también soportar sus inevitables inconvenientes.

Para satisfacer sus apetitos sexuales tenía el joven de las cavernas que sostener ruidos combates con sus rivales, los mismos que hemos visto entre los animales que aseguraban la selección de la raza por la preponderancia del más fuerte, e impedían uniones demasiado tempranas.

La comparación deja de ser justa si el joven elegante de nuestros días quiere guiarse por los mismos instintos que el hombre primitivo; pero, para satisfacerlos, sustituye la lucha con el hacha de sílex por la vulgar seducción o el billete de cinco duros.

No depende del hombre el cambiar la moral; ésta es independiente y superior a él; pero de él depende el cambiar las condiciones sociales en que es llamado a vivir, y hacia ese fin debe dirigir sus esfuerzos.

Hemos visto que la benéfica influencia del matrimonio sobre la salud, después de los 25 años, cesa entre los 21 y los 22, y se traduce en un aumento de mortalidad en años anteriores. Estas indicaciones de la Higiene nos permiten señalar entre los 23 y los 25 años la edad en que el hombre puede y debe pensar en satisfacer su necesidades naturales y legítimas, en las condiciones que la ley moral, la ley social y las leyes de la Higiene le señalan; es decir: en el matrimonio.

Y al decir matrimonio no me refiero solamente a la ceremonia eclesiástica o civil. Quiero significar la unión de dos seres, en cuerpo y alma; derecho de cada una de las dos personas a exigir de la otra la fidelidad que a ella misma se le exige.

"Casarse joven y con salud, escoger una joven sana y honrada, amarla con el alma y con todas sus fuerzas, hacer de ella una verdadera esposa y una madre fecunda, trabajar para criar a sus hijos y dejarles al morir su vida como ejemplo. Esa es la verdad. Lo demás es un error, crimen o locura." (Andrés Theuriet, discurso de recepción en la Academia Francesa.)

Y que no se me diga que es imposible, que a los 23 años un joven no tendría los recursos indispensables para atender a las necesidades de su familia, que no tendría la madurez moral necesaria: en una palabra: todos cuantos argumentos se esgrimen por las mismas familias, ¡ah!, como protesta contra matrimonios tempranos. Todo ello no son más que sofismas invocados en pro de la inmoralidad.

Por otra parte, no son los más ricos los que se casan más jóvenes; de ordinario son los campesinos, los obreros; y lo que ellos pueden hacer, puede hacerlo también el joven de la clase media. ¿No vive con cierto lujo a veces? Bien sabe buscar el dinero necesario para alternar con los amigos o pagar a las prostitutas. En otra parte vive la joven que podía ser su esposa; dedica a exigencias del tocado, a fiestas, a trabajos artísticos, que dejará de lado en cuanto se haya casado, sumas muchas veces superiores a las que exigirían sus estrictas necesidades personales. ¿Por qué estos dos seres, que pueden vivir separados, no podrían hacerlo desde el momento en que estuvieran unidos? ¿No encontrarían en la pureza mutua de su unión alegrías y ocupaciones mucho más elevadas que los tocados, el lujo, diversiones costosas, consideradas como necesarias por tantos matrimonios jóvenes? ¿Queréis calcular el presupuesto de las prostitutas de nuestras capitales y decirme lo que representa en gastos domésticos o educación de niños?

Si, desde el punto de vista de la madurez del carácter, no ofrece el joven las garantías que puede y debe exigir todo padre de familia antes de confiarle el bienestar de su hija, ¿de quién es la culpa? ¿Suya o de la sociedad?

Es más fácil quejarse de las exigencias que la sociedad tiene el derecho de formular para su propia conservación que corregirse obedeciendo a las leyes sociales, en vez de procurar desnaturalizarlas para que sean ellas las que se adapten a los malos instintos de aquellos a quienes ellas son llamadas a regir.

“Es preciso que un sistema sustituya a otro sistema”, dice con razón Saint-Simon.

¿No podría ser el de los matrimonios, no prematuros, sino tempranos, el sistema por el cual deberíamos procurar sustituir el de la mala conducta notoria en que vive la inmensa mayoría de nuestros jóvenes? Este les perjudica física y moralmente, va en detrimento de su familia y de su futuro bienestar, perjudica a la sociedad entera, por cuanto es la causa primordial y medio más seguro para propagar esa inmensa lepra de la Humanidad que se llama prostitución.

(Concluirá.)

INSTITUCION

OBRAS COMPLETAS DE D. F. GINER DE LOS RÍOS

La edición de estas *Obras* comprende cuatro Secciones:

- 1.^a Filosofía, Sociología y Derecho.
- 2.^a Educación y Enseñanza.
- 3.^a Literatura, Arte y Naturaleza.
- 4.^a Epistolario.

La publicación se hace por volúmenes en 8.^o, que constan de unas 300 páginas. Precio de cada tomo: 5 pesetas en rústica; 7 pesetas encuadernado en tela.

Volúmenes publicados:

I.—*Principios de Derecho Natural*.—Prólogo de Adolfo Posada.

II.—*La Universidad Española*.—Prólogo de Manuel B. Cossío.

III.—*Estudios de literatura y arte*.—Prólogo de Manuel B. Cossío.

IV.—*Lecciones sumarias de psicología*. Prólogo de Hermenegildo Giner.

V.—*Estudios jurídicos y políticos*.—Prólogo de Fernando de los Ríos.

VI.—*Estudios filosóficos y religiosos*.—Prólogo de Manuel G. Morente.

VII.—*Estudios sobre educación*.—Prólogo de Ricardo Rubio.

VIII y IX.—*La persona social: Estudios y fragmentos*.—Prólogo de Francisco Rivera.

X.—*Pedagogía universitaria*.—Prólogo de Aniceto Sela.

XI.—*Filosofía y Sociología: Estudios de exposición y de crítica.*—Prólogo de Julián Besteiro.

XII.—*Educación y enseñanza.*—Prólogo de Leopoldo Palacios.

XIII y XIV.—*Resumen de Filosofía del Derecho.*—Prólogo de José Castillejo.

XV.—*Estudios sobre artes industriales y Cartas literarias.*—Prólogo de Rafael Altamira.

XVI.—*Ensayos menores sobre educación y enseñanza.* Tomo I.—Prólogo de Pedro Blanco.

XVII.—*Ensayos menores sobre educación y enseñanza.* Tomo II.—Prólogo de Domingo Barnés.

XVIII.—*Ensayos menores sobre educación y enseñanza.* Tomo III.—Prólogo de Angel do Rego.

XIX.—*Informes del Comisario de Educación de los Estados Unidos.*—Prólogo de José Ontañón y Valiente.

Administración: "Espasa-Calpe, S. A.", Ríos Rosas, 24, Madrid.

LIBROS RECIBIDOS

Gamba (Carlos T.).—*Dos conferencias y un proyecto.*—Montevideo, Imprenta Nacional, 1930.—4.º (Don. del autor.)

Gamba (Carlos T.).—*Hacia una escuela sincera.*—Montevideo, Imprenta Nacional, 1931.—4.º (Don. de ídem.)

Subirá (José).—*La tonadilla escénica. Sus obras y sus autores.*—(Colección Labor.—Sección V. Música. Núm. 319.)—Barcelona-Buenos Aires, Editorial Labor, S. A. (1933). 8.º (Don. de ídem.)

Ayalá (Francisco).—*El Derecho social en la Constitución de la República Española.*—(Sociedad para el Progreso Social.—Grupo nacional español de la Asociación internacional del mismo nombre.—Publicación número 28.)—Madrid, 1932.—Imp. y encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos.—Folleto, 4.º.—(Don. de la Sociedad para el Progreso Social.)

Marichalar (Luis), Vizconde de Eza.—*La política de los salarios.*—(Sociedad para el Progreso Social.)—Grupo nacional de la

Asociación Internacional del mismo nombre.—(Publicación núm. 27.)—Madrid, 1932. Imp. y Encuad. de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos.—Folleto, 4.º (Don. de la Sociedad para el Progreso Social.)

Regim de l'Institut-Escola.—(Generalitat de Catalunya).—Barcelona, MCMXXXII.—Folleto 8.º—(Don. del Institut-Escola, de Barcelona.)

Institut-Escola. Revista de l'Institut-Escola de la Generalitat.—Butlletí mensual.—Any I.—Núms. 1, marc, y 2, abril, de 1932.—4.º—(Don. del Institut-Escola, de Barcelona.)

Millás Vallicrosa (J.).—*Assaig d'Història de las idees físiques i matemàtiques a la Catalunya medieval.*—Vol. I.—Publicat a despeses de la Institució Patxot.—(Estudis Universitaris Catalans.—Serie Monogràfica. I).—(Barcelona, 1931.—4.º—(Don. de la "Revista dels Estudis Universitaris Catalans".))

Estudis Universitaris Catalans.—Volum XV. Quint de la segona época. Any 1930. Núm. 2 (julio-diciembre).—Publicat a despeses de la Institució Patxot.—Barcelona.—4.º—(Don. de ídem íd.)

Morey Otero (Sebastián).—*Catálogo metódico de la Biblioteca Pedagógica Central.* Preparado de acuerdo con el sistema de nomenclatura binaria por ...—Tomo I.—(Consejo Nacional de Enseñanza primaria y normal.—Montevideo, Pena Hnos., Impresores, 1930.—4.º—(Don. del Consejo Nacional de Enseñanza primaria y normal.)

Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio.—*Lista de establecimientos de Horticultura, Jardinería y Arboricultura que, reconocidos por el Servicio Agronómico, reúnen las condiciones acordadas por la Convención Filoxérica de Berna.*—Dirección General de Agricultura, Servicio de Publicaciones Agrícolas, 1932.—Folleto 4.º.—(Don. del Ministerio.)

Anuario de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.—1932.—Madrid, C. Bermejo, impresor.—16.º—(Don. de la Academia.)

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Roja. Torija, 5.—Teléfono 10306.